

# **LA MUERTE DE JOSÉ COUSO: ¿UN CRIMEN DE GUERRA?**

**GONZALO JAR COUSELO**

General de la Guardia Civil, doctor en Ciencias Políticas y Sociología y miembro del Centro de Estudios de Derecho Internacional Humanitario de Cruz Roja Española.

I. El ataque al Hotel Palestina; II. El informe de Reporteros sin Fronteras (RsF); III. La familia de Couso; IV. Reacción del gobierno español; V. La reacción de los partidos políticos; VI. La reacción de los organismos internacionales; VII. El reflejo en los medios de comunicación; VIII. El informe oficial; IX. La respuesta judicial; X. Al año de las muertes; XI. Demasiados interrogantes; XII. Mecanismo de protección al amparo del DIH.

## **I. EL ATAQUE AL HOTEL PALESTINA**

Aun cuando con anterioridad se había podido constatar la presencia de corresponsales españoles en conflictos armados –Vietnam, Líbano, la primera guerra del Golfo, Ruanda, los Balcanes o Liberia–, algunos de los cuales llegaron a perder la vida, nunca en la historia reciente de España se había producido tal avalancha de informadores, ni con tan singular protagonismo, como en la guerra de Irak (2003), algo que quizás tuviese que ver con el hecho de que, a causa del empeño personal del presidente Aznar, fuese la primera vez que España se veía implicada de forma tan directa en un conflicto bélico contemporáneo.

En ese sentido, tal y como opinan algunos, la guerra de Irak iba a significar, finalmente, aunque fuese al elevado precio de la vida de dos compañeros —José Couso (37 años) y Julio Anguita Parrado (32 años)—, la verdadera puesta de largo del

periodismo de guerra español. Dado que la muerte del segundo de ellos, *empotrado* en el ejército estadounidense, puede ser considerado algo previsible, al fallecer a causa de un ataque iraquí contra su unidad realizado a gran distancia, y ser prácticamente imposible poner en práctica el principio de distinción entre combatientes y civiles, mayor interés presenta, desde el punto de vista del Derecho Internacional Humanitario (DIH), el análisis de lo sucedido con la muerte de Couso.

Para tratar de desentrañar las posibles responsabilidades de las decisiones que llevaron a tan fatal desenlace, se cuenta, además de con el testimonio directo de muchos de sus compañeros que habitaban en el Hotel Palestina, en especial el del periodista de la cadena de TV *Tele 5*, J. Sistiaga, al que servía con su cámara, con los informes elaborados tanto por el Comité para la Protección de los Periodistas (CPJ), —organización no gubernamental creada en 1981, con el fin de defender la libertad de prensa y documentar y combatir los ataques contra profesionales de medios de comunicación social (**mcs**), incluidas las muertes de en caso de conflicto armado—, y de Reporteros sin Fronteras (RsF).

El hecho público por el CPJ, el 17-V-03 en New York, fue la primera investigación independiente llevada a cabo tras una serie de entrevistas con una docena de periodistas presentes en el lugar de los hechos, incluyendo a dos corresponsales *empotrados* con las tropas de EE UU que cubrían y escucharon el tráfico de comunicaciones militares antes y después del disparo del fatídico obús que, el 8 de abril, terminaría con la vida de Couso y del también cámara de la agencia *Reuters*, el ucranio T. Protsyuk (35 años), cuando ambos intentaban grabar la entrada de las tropas norteamericanas en Bagdad desde los balcones del hotel Palestina.

Una semana antes de que comenzara el conflicto, con objeto de poder tenerlos perfectamente controlados, los responsables del Pentágono habían decidido concentrar a todos los reporteros presentes en Bagdad en tres únicos hoteles —Palestina, Al Rasheed y Al Mansur—, abiertos exclusivamente para los **mcs**. Con el paso de los días, los dos últimos se quedaron vacíos, pues, aunque bastante más lujosos que el primero, su situación estratégica y cercanía a ministerios, puentes o edificios públicos susceptibles de ser bombardeados —el Al Mansur estaba situado, además, junto al edificio de la TV pública iraquí—, los convertía en un blanco militar de libro y les hacía vulnerables a cualquier misil que pudiese errar unos metros su trayectoria.

Fue el mismo día en que vencía el plazo de Bush para atacar la capital cuando el Palestina se convirtió en la morada oficial de toda la prensa internacional y Sistiaga plantea que, si alguien se preguntara en qué momento decidieron trasladarse todos los periodistas a dicho hotel, la respuesta sería fácil, toda vez que, en cuanto la *CNN* abandonó el Al Mansur y se refugió en éste, todos se fueron detrás, pues era evidente que los periodistas de dicha cadena, y así se lo hicieron saber algunos de sus colegas, sabían de fuentes directas del Pentágono que los otros dos hoteles podían llegar a convertirse en objetivos militares.

Las coordenadas del hotel Palestina, el edificio más alto de la ciudad que lucía un cartel enorme con el nombre del establecimiento, tenían que estar necesariamente en manos de la inteligencia militar norteamericana, pues todos los **mcs** allí hospedados habían mandado esos datos a sus respectivos ministerios para que se los hicieran llegar al Pentágono. En ese sentido, Sistiaga sospecha que el sargento Gibson debería tener un plano en el que estuviese señalado el hotel, similar al que portaban los oficiales de las unidades que con posterioridad llegaron al mismo. Además, era evidente que los propios generales en Camp Doha (Qatar) seguían la caída de Bagdad por TV, a través de las imágenes que la *CNN*, la *Fox* o *Al Yazira* proporcionaban en directo desde el propio hotel.

En el informe del CPJ se relata cómo, cerca del mediodía del fatídico día 8 y cuando ya se adivinaba el final de la guerra, la mayoría de un grupo de unos 100 periodistas internacionales alojados en dicho establecimiento, todos ellos profesionales que habían sobrevivido a los peligros de la guerra, tanto a la campaña aérea de «consternación y conmoción» de los últimos días como a los oficiales de seguridad iraquíes que periódicamente les registraban las habitaciones y que ya habían expulsado o detenido a varios compañeros, pudieron observar desde sus balcones a los soldados de la 3ª División, 2ª Brigada del 3º Batallón, quienes permanecían en sus posiciones del día anterior, en el recinto de los palacios presidenciales, y de vez en cuando escuchar el tableteo de ametralladoras.

Contaron los tanques, que parecían muy seguros sobre el puente Al-Jumhuriya, y vieron cómo hacían fuego contra unos edificios situados a su izquierda, desde donde alguien les hostigaba con fuego de kalashnikov que apenas provocaba rasguños a aquellos monstruos de acero. Toda la resistencia iraquí se reducía a unos cuantos *fedayines* con kalashnikov y lanzagranadas que, temerariamente, se asomaban por el otro extremo del puente, milicianos que fueron barridos por las embestidas tempranas de los A-10 y después borrados por los cañonazos de los tanques. Uno de los carros de combate dispuesto sobre el puente, a unos 1.200 metros de distancia, giró la torreta en dirección del hotel y disparó un obús que hizo blanco en un balcón del piso 15, a consecuencia del cual fallecerían los dos periodistas, al tiempo que otros tres sufrían heridas de diversa consideración.

Si se siguen las comunicaciones por radio de Ch. Tomlinson, corresponsal de *Associated Press* y periodista *empotrado* en una compañía de infantería adscrita a dicha División, que había llegado al centro de Bagdad el día anterior después de un viaje de dos semanas y media desde Kuwait, se sabe que, desde el alba del día 7, el batallón llevó a cabo una serie de escaramuzas que duraron 36 horas, y que, al día siguiente, siguió su avance hacia el centro de Bagdad, enfrentándose las tropas norteamericanas a la tenaz resistencia de las fuerzas iraquíes. Tomlinson pasó esa jornada en el interior de un centro de mando norteamericano improvisado en el palacio presidencial de Saddam Hussein en la ribera occidental del Tigris y, al activar

un conmutador de la radio militar y sintonizar la frecuencia que utilizaba el batallón en operaciones tácticas, pudo escuchar el tráfico de comunicaciones de la compañía que le daba acceso a las conversaciones que mantenían el comandante de la compañía de carros, el capitán P. Wolford, y sus mandos.

Según su versión, a primera hora del día 8 se volvió a iniciar un intercambio de fuego intenso en la zona del oeste de la ribera del Tigris, en los alrededores del puente Al-Jumhuriya, desde donde, con prismáticos y en la posición del tanque, era visible el rótulo del Hotel Palestina. Al otro lado del río, los periodistas se encontraban agolpados en los balcones del hotel y observaron un movimiento importante de contraataque iraquí con fuego de armas largas, RPGs (granadas propulsadas por cohete) y morteros, ataque que duró varias horas. Tomlinson relata que había francotiradores iraquíes apostados en los edificios más altos que disparaban a las escotillas de las torretas de los carros norteamericanos, quienes lograron herir a dos miembros del batallón de Wolford.

Esa misma mañana, cerca del lugar del combate en el lado oeste del puente, el disparo de un misil aire-tierra norteamericano impactó en la oficina de Bagdad del canal qatari *Al Yazira*, a consecuencia del cual falleció el periodista T. Ayyoub y dejó herido a su cámara, y otro destruyó las oficinas de *Abu Dabhi TV*, sucesos que, por cierto y a pesar de su gravedad objetiva, apenas tendrían trascendencia en el mundo occidental. A fin de debilitar las posiciones iraquíes, e intentar rebajar la intensidad del combate, los mandos militares estadounidenses pidieron apoyo aéreo con objeto de cubrir un cruce de calles y una serie de edificios en la ribera oeste, lo que produjo docenas de muertes en el bando iraquí.

Al proseguir el relato de su investigación, el CPJ echa mano de nuevo de la versión de Tomlinson, quien siguió escuchando las comunicaciones que mantenían las unidades y los oficiales entre ellos y con los mandos superiores en la zona de operaciones. En un momento dado, las fuerzas norteamericanas capturaron una radio iraquí y comenzaron a controlar las comunicaciones entre las unidades de las fuerzas enemigas, por lo que un oficial de inteligencia norteamericano con dominio del árabe pudo establecer que un observador avanzado, o vigía, dirigía los disparos de los combatientes iraquíes enfrentados a sus enemigos.

A media mañana, cuando se encontraban bajo fuego enemigo, las fuerzas norteamericanas empezaron a centrar su atención en el otro lado del puente Al-Jumhuriya. Dos carros de combate pesados M1A1 Abrams avanzaron hasta ese puente y, mientras uno de ellos elevaba el tubo y lo bajaba, otro se adelantaba a poca distancia, tratando, según Tomlinson, de localizar al vigía. En su relato de lo sucedido, Sistia-ga recuerda cómo Couso, mientras grababa el que sería último plano de su vida, le decía: «están apuntando hacia aquí, nos están mirando». Era la unidad de blindados 4-64 Armor, perteneciente a la compañía Alfa y conocida por el resto de soldados como los *assassins* (asesinos). La munición utilizada por el carro era una granada hueca, sin explosivo, de las que estallan a 3 metros del objetivo y dispersa metralla

pero apenas daña el edificio. Apuntó a una esquina del hotel, sobre la planta 15, para darle de refilón, casi tangencialmente, y disparó. El impacto movió todo el edificio. Según Tomlinson, ese tipo de munición se destina a matar y no a destruir edificios, ya que, si el carro hubiera disparado un obús anticarro blindado, el daño que sufrió el hotel hubiera sido mucho más serio.

Otro periodista norteamericano, J. Crittenden del *Boston Herald*, también *empotrado* en una compañía del mismo batallón y que había llegado en un acorazado de transporte de personal, confirma el relato de Tomlinson y resalta que «Había muchísima preocupación porque todo el mundo estaba buscando al vigía, de hecho, nosotros también...Temíamos recibir una salva de artillería en cualquier momento, lo cual evidentemente queríamos evitar». Por su parte, Tomlinson, que había cumplido siete años de servicio en las FAS de su país, subraya que «Lo primero que te enseñan como tanquista, o de soldado de infantería, es que hay que eliminar al vigía, pues ese es el blanco de mayor prioridad», y añadía: «Si eres capaz de matar al vigía ya nadie puede dirigir a las fuerzas de tierra (o el fuego de artillería). Así les robas toda su eficacia».

Los periodistas expresaron también su sorpresa ante el hecho de que hubiera un intervalo en los combates cuando disparó el carro, lo que permitió que algunos que habían estado observando la batalla desde sus balcones volvieran a sus habitaciones para redactar las crónicas y artículos, pensando que el enfrentamiento se había acabado. Así, mientras P. Baz, fotógrafo de *AFP*, dijo: «Yo me pasé la mañana tomando fotos...Había helicópteros. Toda una guerra de Hollywood. Pudimos verlo todo, y ellos nos podían ver a nosotros. Desde el primer día cuando tomaron posiciones en el palacio (el día antes), hasta que dispararon, nos veían igual que nosotros a ellos», C. Sinz, corresponsal de *France 3 TV* que grabó imágenes desde el piso 14 del Palestina, en las que muestra cómo los carros de combate situados frente al hotel lanzaron varios disparos contra un edificio al este del río con algunas antenas de satélite en el tejado y, después, cómo la torre de uno de los carros gira, alza el cañón y, dos minutos después, dispara contra el hotel, afirma: «El combate fue de intensidad entre las 6 y las 11,20 horas, y entonces todo se tranquilizó y volvió la calma... Nosotros seguíamos grabando. Le dije al cámara que siguiera filmando porque hay que tener cuidado.... Grabamos exactamente 15 minutos antes del disparo, y no se oye nada».

Otros colegas muestran menos certeza ante la idea de que se estuviera en una situación de completa calma, y hacen notar que los enfrentamientos intensos se habían alargado toda la mañana. Tal es el caso de J. Delay, fotógrafo de *Associated Press* que se encontraba en el Palestina, quien manifiesta que le resultaba difícil determinar si los carros habían sido, o no, blanco de fuego proveniente de la ribera este del río debido a la distancia entre el hotel y el puente, o Crittenden, quien se encontraba en el lado occidental del puente e informó que había oído por radio que había hasta 40 equipos de RPGs iraquíes en la ribera oriental. Según sus colegas del hotel, antes del disparo contra el establecimiento se había abierto fuego contra los

carros desde varios edificios oficiales en la ribera este y, de hecho, la grabación de Sinz muestra a los carros disparando contra varios objetivos de ese lado del puente.

Lo cierto es que el proyectil golpeó al piso 15 del hotel, en la esquina de la suite que usaba la agencia *Reuters*, hiriendo de muerte a Protsyuk, el cámara ucraniano que había estado en el balcón con la cámara montada y lista, aunque en ese momento no estaba grabando. Delay relata a *Los Angeles Times* cómo «Taras estaba echado boca arriba en el suelo, inconsciente. Tenía las mandíbulas agarrotadas. Se las forzamos para abrirlas y volvió a respirar». Lo llevaron a un hospital, donde falleció al llegar debido a las heridas abdominales. P. Pasquale, técnico de antenas de satélite de *Reuters* que estaba en el balcón con Protsyuk, sufrió heridas junto con otros dos periodistas de la misma agencia que se encontraban en otro balcón del piso 15: la directora del despacho de la zona del Golfo, S. Nakhoul, y el fotógrafo F. Kheiber. Los cascotes dañaron el piso inferior, donde el cámara español J. Couso estaba grabando, a quien también llevaron al hospital con heridas en la pierna y la mandíbula, a consecuencia de las cuales fallecería mientras era intervenido de urgencia.

Al tiempo que, a lo lejos, se podían oír varias explosiones de lo que aparentaba ser fuego de carros, también se veía una columna de humo oscuro que se elevaba en la zona oeste del río —que un periodista describe como un ataque aéreo— y que duró varios minutos antes de que el carro elevase el ángulo del tubo y disparase el obús. La mayoría de los periodistas no se dieron cuenta inmediatamente de que el hotel había sido alcanzado; así Baz, que seguía la batalla desde su balcón en el Palestina, explica: «No reaccioné. No me pareció que fuera contra el hotel... En el aparcamiento vi varias personas señalando hacia el hotel. No me enteré de lo que había pasado. Vi gente corriendo. Me pareció que habían dado al edificio de detrás». Cuando se dio cuenta de que habían herido a algunos periodistas en su piso corrió a recoger el malecón de primeros auxilios, pues «Había gente chillando, gritando, llorando, presas de pánico. Vi un tipo echado en la cama, herido...Recuerdo que tenía la cara cubierta de sangre. Tenía un agujero en la pierna. Era un agujero grande, pero no sangraba».

En algún momento anterior al disparo contra el hotel, mientras los tanques estaban sobre el puente buscando al francotirador, el comandante jefe de la 2ª Brigada de la 3ª División de Infantería, coronel D. Perkins, se acercó a Tomlinson y al periodista G. Kelly, de *Fox News*. Tras intentar el CPJ entrar en contacto con este último, a fin de conocer lo tratado en la conversación, los responsables de la cadena informaron que no estaba disponible para poder hacer comentarios sobre lo sucedido, lo que no impidió que un oficial de la *Fox* le confirmase al CPJ el encuentro. Algo desesperado, Perkins explicó que sus tropas se encontraban bajo fuego iraquí desde los edificios del este del Tigris y que estaban estudiando la posibilidad de solicitar un ataque aéreo.

El propio Perkins era consciente de que el hotel Palestina se encontraba al este del río, y en las proximidades del origen del fuego iraquí, así cómo también sabía que el hotel estaba lleno de periodistas occidentales. En tanto Tomlinson dijo creer

que todos los comandantes, incluyendo al teniente coronel P. De Camp, comandante del 4º Batallón del 64 Regimiento Acorazado, y el capitán Wolford, habrían obtenido esa información, puesto que la 2ª Brigada había capturado el Hotel Al-Rashid el día antes, y casi todo el mundo sabía que los periodistas se habían mudado al Palestina, Perkins, que también había observado que los mapas de satélite que usaban eran de unos 10 años antes, tenía una indicación general de localización —según Tomlinson, probablemente con una precisión de varios cientos de metros— y quería que éste le ayudara en la identificación visual del edificio para evitar disparar en su contra.

En el intento de obtener una descripción del hotel y comunicarse con los alojados en dicho edificio, Tomlinson llamó a toda velocidad a la oficina de *Associated Press* en Doha, con la intención de hacer llegar un mensaje a los periodistas del hotel y pedirles que colgaran sábanas de las ventanas para facilitar la identificación por parte de las fuerzas norteamericanas. Casi al mismo tiempo, uno de los jefes de carro situado en el puente y que buscaba al vigía dijo por radio que había observado una persona con prismáticos al este del río. La escucha realizada por Tomlinson no ha podido establecer con claridad el tiempo transcurrido entre dicha observación y el disparo de obús. Sistiaga relata que fue, tras el ataque, cuando se colocó una sábana blanca en el piso donde mataron a Taras y que, de inmediato, aparecieron en otras plantas, de tal manera que la fachada del hotel se convirtió en una colmena de la que colgaban enormes lenguas blancas.

Mientras, en una entrevista celebrada con el semanario francés *Le Nouvel Observateur*, Wolford indicaba que dio una orden inmediata de fuego, en otra con la *RTBF* de Bélgica que se retransmitió en mayo, el sargento del carro, S. Gibson, decía que, después de haber observado a alguien hablando y señalando con los prismáticos, informó a sus mandos, pero no recibió la orden de disparo hasta 10 minutos después. Crittenden, que se encontraba en ese momento en la ribera oeste del río con las fuerzas norteamericanas, también recuerda que las tropas por lo menos comentaron el blanco y añade que «Me di cuenta de que habían visto a alguien con prismáticos y se aprestaban a disparar... Lo comentaron por radio».

Siguiendo el relato de Tomlinson, quien escuchó la confrontación verbal entre Wolford y De Camp, oficial superior de aquél, se sabe que la reacción inmediata de los mandos norteamericanos al ataque contra el Palestina fue de rabia y consternación. Si bien, al principio, Wolford no estaba seguro de que el blanco del disparo hubiese impactado el hotel, De Camp empezó a gritar por la radio y a preguntar a su subordinado: «¿Quién ha disparado al Hotel Palestino (sic)?» y «¿Le acabas de disparar al Hotel Palestino?». Tras una espera de varios minutos, Wolford responde: «Sí, sí, había un observador arriba», a lo que De Camp remata: «Se supone que no tenías que disparar al hotel». Tras esta conversación, éste ordenó a Wolford que cesara el fuego y acercó el tanque al de su capitán, aparentemente para mantener una conversación en privado y comentar brevemente lo sucedido, así como las razones del disparo, «porque el tema

era serio. [ya que] Se suponía que no debían disparar al Hotel Palestina». Después de haber oído ese intercambio de opiniones, Tomlinson se dirigió inmediatamente al coronel Perkins para informarle de que sus intentos de localizar el Palestina para evitar que fuera alcanzado por fuego aéreo eran ya inútiles, a lo que Perkins respondió: «Ya lo sé, ya lo sé...Acabo de emitir la orden de que bajo ninguna circunstancia se debe disparar al Hotel Palestina, incluso si están bajo fuego, o si ven un tubo de artillería montado en el tejado. Nadie tiene permiso de volver a tirar contra el Hotel Palestina».

El CPJ supo que varios oficiales del Pentágono, igual que algunos altos mandos en Bagdad, eran conscientes de que el Palestina estaba lleno de periodistas internacionales y querían hacer todo lo posible para evitar que fuera un blanco; sin embargo, parece que esos mismos oficiales no hicieron llegar su preocupación al jefe del carro que dio la orden de disparo contra el hotel. Lo cierto es que, nada más producirse el fatal suceso, que tuvo lugar durante los combates considerados más duros entre las fuerzas norteamericanas e iraquíes en Bagdad, éste se convirtió rápidamente en noticia de primera y las organizaciones profesionales y agencias de noticias se pusieron en contacto con las autoridades norteamericanas para determinar el paradero de sus periodistas, al tiempo que todos los **mcs** comenzaron a mencionar el hotel a diario en sus informaciones internacionales.

Los reporteros allí alojados, que habían permanecido en los balcones, y hasta en el tejado, durante las 24 horas anteriores informando de los enfrentamientos que tenían lugar en la ribera oeste del río, manifestaron su conmoción y dolor por la muerte de dos de sus compañeros y no encontraban explicación al hecho de que un tanquista norteamericano pudiese haber disparado a un edificio de 17 plantas —uno de los más altos de Bagdad, cuyo emplazamiento y ocupantes conocía ampliamente el Pentágono y que, además, se encontraba lejos de la zona de acción militar. Tanto el Palestina, como el Sheraton que está al lado, sobresalían del perfil de la ciudad, de tal manera que, como comentó un periodista, los dos edificios eran tan fáciles de identificar como las torres gemelas de New York. De hecho, en la serie de fotografías que posee el CPJ, se apreciaba también la señal de gran tamaño «Hotel Palestine», la cual, aunque no se puede determinar si sería visible para el ojo humano, no cabe duda de que se leería sin problemas usando prismáticos. Dado que los periodistas del hotel tenían un buen ángulo de visión de los carros situados a unos 1.200 metros, sobre el puente del Tigris, supusieron que los jefes de carro también les verían a ellos.

El Cuartel General del Mando Central aliado (Centcom), situado en Doha (Qatar), tomó cartas en el asunto varias horas después del incidente, y algunos periodistas formularon una serie de preguntas al general de brigada V. Brooks referidas al ataque, quien, tras manifestar su pesar por la pérdida de vidas humanas, observó que colocarse en zonas de combate es peligroso y que las fuerzas militares no pueden saber en qué parte del campo de batalla se encuentran los periodistas no *integrados* con las tropas norteamericanas. Alegó también que se había desarrollado una «acción de



combate» en el Palestina y que «los primeros informes indican que las fuerzas de la coalición que maniobraban cerca del hotel se encontraron bajo fuego desde el *lobby* del hotel y devolvieron los disparos». Cuando un periodista le preguntó el motivo que llevaría a un carro de combate a disparar contra un piso superior si el fuego provenía del *lobby*, Brooks se desdijo y afirmó que se «podría haber equivocado al comentar el origen preciso de los disparos».

Varios periodistas hicieron notar que responder con cañones al presunto fuego de armas ligeras parecía desproporcionado, obteniendo como respuesta que «la primera obligación» de los oficiales estadounidenses era «proteger a sus propios soldados» y que «no sólo estaban en su derecho a disparar, sino que era su responsabilidad». Aseguran que sus tropas hacen siempre todo lo posible para evitar la «perdida innecesaria de vidas». Libramos la guerra de la forma más humana y cuidadosa, y procuramos respetar a los civiles; los propios periodistas que cubren este conflicto son testigos de ello. Bagdad es un lugar muy peligroso y desde hace días advertimos a los medios de comunicación acerca del riesgo que corren los periodistas en la ciudad», de tal forma que «quienes no están integrados en nuestras unidades pueden quedar entre dos fuegos». Finalmente, concluía afirmando que, a la vista de lo sucedido, creemos que «los periodistas no deberían estar ahí».

Ese mismo día, el Centcom publica una nota en la que mantiene que «los mandos en el campo de batalla habían informado que sus fuerzas se habían enfrentado a fuego pesado cuyo origen era el Hotel Palestina en Bagdad», para, seguidamente y al igual que había hecho antes Brooks, su portavoz culpar a las fuerzas iraquíes de haber desarrollado operaciones militares desde emplazamientos civiles, declaraciones que concordaban con las de los mandos superiores de la 3ª División de Infantería. Recuerda que el comandante jefe de la división, general B. Blount, informó a *Reuters* de que el carro que había disparado «se encontraba bajo fuego de armas largas y RPGs desde el hotel y que accionó un obús de carro contra el hotel», idéntica versión que la comunicada a Tomlinson por el coronel Perkins.

Según fuentes del Ministerio de Defensa español, que citan otras del Centcom aliado, el día anterior se comunicó a los periodistas que el hotel había sido declarado 48 horas antes «posible objetivo militar», algo que ni éstos ni tampoco el Pentágono sabían, pues, de ser así, hubiesen recomendado que, previamente, saliesen del país. Su portavoz, que calificó lo ocurrido de «acto de defensa propia», no citó sin embargo, en un primer momento, el hecho de que el carro hubiese sido atacado desde el hotel, pero señaló que, en cualquier caso, los mandos del carro tenían «todo el derecho a defenderse» tras haber detectado a francotiradores en el edificio que les atacaron con armas ligeras, hecho que nadie de los presentes confirmó y que además, según los expertos, no representaba amenaza alguna para su blindaje, algo distinto, por cierto, a si hubiesen sido disparados misiles tipo «Milán», lejanamente semejantes en su forma a una cámara de TV.

Muchos periodistas que fueron testigos directos del incidente, o que se encontraban en el hotel, niegan rotundamente las afirmaciones del Centcom y de algunos mandos en Bagdad que indicaban que el carro de combate devolvía fuego que provenía del Palestina, y los que habían estado siguiendo el desarrollo de los acontecimientos desde los balcones, que permitían obtener una panorámica general de todos los alrededores, manifiestan que ni del hotel ni de la zona próxima hubo fuego de arma larga ni lanzamientos de RPGs. En torno a lo sucedido, S. Ketz, corresponsal de *AFP* que se encontraba en un balcón del piso 15 en el momento del incidente, reflexionaba sobre lo sucedido y señalaba: «Me parece completamente imposible, porque en cada piso y en cada habitación...hasta en el tejado había periodistas y fotógrafos, que estaban observando lo que ocurría».

Garrels, corresponsal de *NPR* y miembro de la Junta del CPJ que había estado informando desde el balcón durante casi todo el conflicto pero que se encontraba en su despacho del hotel cuando sonó el impacto del obús, reiteró esa misma versión: «Estábamos todos en los balcones observando la batalla...Hubiéramos visto a cualquier francotirador en el edificio. Se pueden imaginar lo afectados que nos encontramos todos», y añadía que los compañeros que antes habían estado en el tejado tampoco informaron de actividad de francotiradores ni de disparos. Otros periodistas descartaron la información ofrecida por varios oficiales norteamericanos que indicaban la presencia de un búnker iraquí cerca del hotel.

El teniente coronel De Camp, en el transcurso de una entrevista concedida el 10 de abril a *Los Angeles Times*, tras recordar que había hablado con el periodista francés A. Jaulmes y ofrecer disculpas por lo ocurrido —«lamento decirlo, pero soy el tipo que mató a los periodistas»—, reconoció que se había tomado la decisión apropiada y señala no haber tenido elección, ya que había combatientes iraquíes apostados en búnkeres en los bajos del hotel que abrieron fuego de fusiles AK-47 y RPGs contra su unidad, razón por la que se vieron obligados a defenderse. En un artículo publicado ya con anterioridad en el mismo medio, el capitán Wolford aseguraba haber dado la orden de hacer fuego contra el hotel después de que uno de sus artilleros de carro se diera cuenta de que alguien les observaba con prismáticos desde dicho establecimiento.

En una línea similar, el capitán comentó también a ese medio haber recibido datos de los servicios de inteligencia que indicaban la presencia de personas armadas con RPGs en la base del hotel, y el periódico, citando fuentes militares, señalaba que en ese momento la unidad de Wolford se encontraba bajo fuego de mortero que venía de la ribera del río donde estaba el hotel. Pocos días después el capitán hizo saber a J. P. Mari, del semanario francés *Le Nouvel Observateur*, que su unidad había entrado en acción durante una «reyerta» durante varias horas en la mañana del 8 de abril y que habían sufrido fuego intenso del enemigo al avanzar hacia el lado este del puente Al-Jumhuriya; además, dos de sus hombres habían sido heridos ese día, y sus carros

fueron blanco de cohetes lanzados desde varias direcciones, incluyendo la zona que rodea al Palestina. Explicó a la revista que se encontraba detrás del carro y que, si bien no sabía de dónde procedían los disparos, después de que sus hombres vieron a un individuo que portaba prismáticos y que algún miembro de la unidad identificó como observador o vigía de artillería, fue él quien autorizó a que abrieran fuego.

Define aquel momento como el de la resistencia «más dura» desde la entrada en Bagdad: «Cada uno de sus Abrams recibió al menos un disparo directo (...) No sabemos de qué altura partió. Los disparos llegaban sin cesar desde ese lugar entre otros, y yo devolví el fuego sin dudarle. Esa es la regla. Delante de nosotros había un edificio especialmente activo, disparando cohetes y misiles. Llevábamos ya horas en plena batalla, el fuego llegaba sin cesar de este lugar y de otros. Veinte minutos después supe que le habíamos dado al hotel de los periodistas». Al ser preguntado por si sabía que allí se alojaban los informadores, dice «No, yo no recibí ninguna información de este tipo», y, sobre su estado de ánimo, responde: «Me siento mal, mis hombres se sienten mal».

Citando al propio Wolford, el referido medio proseguía su relato: «Yo, el fuego lo devuelvo...Sin dudarle, es la regla. 20 minutos después me enteré de que habíamos disparado contra un hotel lleno de periodistas». En la entrevista, tras reconocer que informó a Crittenden de que el hotel no estaba marcado en sus mapas, el capitán mantiene que el cuartel general de mando no le informó de la presencia de periodistas en el edificio, pues «No me imagino ni por un instante que cualquier información que envíe el cuartel general de división no me llegara». Con posterioridad se publicaron declaraciones del sargento Gibson, en las que afirma que él tampoco tenía constancia de que el edificio estuviera lleno de periodistas. Éstos reflexionaron sobre los posibles motivos que pudiesen explicar el ataque contra el hotel y, así, mientras algunos juzgaban que se trató de un accidente lamentable causado por un jefe de carro, otros lo consideraban una acción manifiestamente temeraria por parte de las fuerzas norteamericanas, o incluso un acto intencionado de intimidación dirigido contra los periodistas. En todo caso, diversas organizaciones internacionales dedicadas a la defensa de la libertad de prensa elevaron rápidamente sus protestas contra el incidente.

En una carta fechada el mismo día 8, dirigida al secretario de Estado D.H. Rumsfeld, el CPJ hace notar que «existen fuentes en Bagdad que manifiestan profundo escepticismo frente a informaciones que indican que las fuerzas norteamericanas se encontraron bajo fuego proveniente del Hotel Palestina, e incluso si esto fuera cierto, las pruebas indican que la respuesta de las fuerzas norteamericanas fue desproporcionada y por tanto quebranta la legislación humanitaria internacional (Convenciones de Ginebra)», e insta al Pentágono a «iniciar una investigación inmediata y detallada de estos incidentes y hacer públicos los resultados». En respuesta a dicha carta, la portavoz del Pentágono, V. Clarke, se dirigió el 14 de abril a J. Simon, director en funciones del CPJ, haciéndole saber que «las fuerzas de la coalición se

encontraron bajo fuego y actuaron de manera defensiva al devolver el fuego». La portavoz aceptó la responsabilidad de su departamento respecto a la obligación de actuar con precaución en el campo de batalla, pero observó que se había avisado a las organizaciones y agencias de noticias de que Bagdad sería un lugar «especialmente peligroso» y que deberían retirar a sus periodistas de la ciudad.

En referencia al incidente del hotel Palestina, el CPJ recuerda que la última comunicación oficial recibida del gobierno norteamericano tuvo lugar en una carta del secretario de Estado C. Powell dirigida a la ministra de Exteriores española, A. Palacio, con fecha 21 de abril. En ella, Powell decía que un análisis militar del incidente indica que el carro norteamericano había disparado en respuesta a «fuego enemigo que parecía provenir de un punto que posteriormente se identificó como el Hotel Palestina» y concluía señalando que «el uso de la fuerza estuvo justificado y el nivel de fuerza fue proporcional a la amenaza contra las fuerzas norteamericanas». A la semana siguiente, durante una visita a España en el momento en que los **mcs** nacionales hervían de rabia por la muerte de Couso, Powell repitió que las tropas norteamericanas no habían actuado mal y aseguró que su gobierno seguiría investigando el incidente.

Sin embargo, a tenor de lo recogido en el informe, no hay ningún tipo de prueba que apoye la posición norteamericana de que las tropas de su país devolvieron el fuego enemigo que provenía del Palestina, versión que, además, entra en conflicto con el testimonio directo de los numerosos periodistas allí alojados. Aunque todo parecía indicar que al disparar el obús el carro apuntaba a lo que se pensaba era un observador iraquí, hay otras interrogantes, y el CPJ no evita plantear algunas preguntas, entre otras: ¿cómo es posible que un tanquista observe a una o varias personas que llevan prismáticos, espere 10 minutos a que le autoricen el tiro, según manifestó el sargento del carro, y en ese tiempo no se dé cuenta de la presencia de periodistas con cámaras y trípodes en otros balcones y en el tejado, o vea la señal de gran tamaño que indica «Hotel Palestine»? Además, el vídeo que grabó el equipo de *France 3* muestra que esa mañana el carro, antes del momento del disparo, ya había apuntado el tubo hacia el hotel, pero giró y se retiró, lo que posiblemente indica que tuvieron la ocasión de comprobar la presencia de periodistas en los balcones.

Según Tomlinson, los esfuerzos que realizó Gibson para informar de la posición del supuesto vigía tenían lugar mientras el coronel Perkins intentaba desesperadamente contactar con el hotel para evitar bombardearlo durante un ataque aéreo, pero entonces ¿Por qué no se le dieron instrucciones al comandante de la unidad de carros para que comprobara el blanco y se asegurara de que no era el Hotel Palestina? Incluso, antes de ese momento, ¿por qué no se informó a las unidades militares de la presencia de un emplazamiento civil de importancia en el campo de batalla? Las comunicaciones por radio captadas por Tomlinson, junto con la reacción de Perkins a raíz del disparo, plantean una serie de dudas que se refieren a lo adecuado de las medidas que se tomaron para evitar el disparo, pues si bien parece quedar claro que

Perkins estaba preocupado por la posibilidad del ataque al hotel, y De Camp estaba enfadado y molesto después del disparo, Tomlinson señala que Perkins le dijo que, después de lo sucedido, había dado orden de no atacar el hotel bajo ninguna circunstancia, por lo que, si ése era su objetivo, y sus comentarios al periodista demuestran que realizaba ímprobos esfuerzos para evitar un *raid* aéreo contra el hotel, cabe preguntarse ¿qué le impidió cursar la orden de evitarlo a las tropas?

De Camp parecía estar tan furioso después del ataque que ordenó a Wolford el cese el fuego y se desplazó a la zona para celebrar una reunión privada con él. El CPJ se pregunta por los temas que trataron en la reunión, algo que sólo mediante una investigación transparente y concienzuda se podrá saber. Finalmente, hay varios comentarios que formula Wolford que parecen contradecir tanto sus propias palabras como los testimonios de otros oficiales, sobre todo cuando declara en entrevistas con la prensa que disparó de inmediato, aunque el jefe de carro afirma que pasaron unos 10 minutos entre el momento en que informó de la presencia del vigía y la orden de disparo. Tales declaraciones resultan algo confusas cuando dice, por una parte, que el carro que disparó al Palestina estaba «devolviendo» el fuego, pero por otra afirma rotundamente también en otras ocasiones que el carro disparó contra un vigía con prismáticos, razón por la que vuelve a preguntarse: ¿Y no podría incluso ser que el carro apuntó a otro blanco y falló el tiro? o ¿Cuál de estas versiones es la correcta? Para el CPJ, éstas y otras preguntas sólo las podía responder el Pentágono, quien debía ofrecer una explicación completa y pública de cómo se desarrollaron los hechos el 8 de abril. A pesar de que el secretario de Estado, C. Powell, afirmó en abril que el incidente seguía bajo análisis, existían pocos indicios de que una investigación completa, detallada y pública se fuese a completar con rapidez.

## **II. EL INFORME DE REPORTEROS SIN FRONTERAS (RSF)**

Según el informe anual de RsF, hecho público el 6-I-2004, al ejército de EE UU se le podía considerar responsable de la muerte de al menos 5 periodistas en Irak, si bien eso sería muy difícil de probar ya que «en ninguno de los casos una investigación digna de ese nombre ha aclarado las circunstancias de esos dramas». Pocos días después, la misma organización hacía público otro informe de 30 páginas titulado «Dos muertos (asesinatos, decía *El País*) para una mentira», redactado por el periodista de *Le Nouvel Observateur* J-P. Mari, en el que acusaba al gobierno de Washington de ser responsable de la muerte de los dos periodistas que habitaban el hotel Palestina de Bagdad –Couso y Protsyuk–, y de las heridas provocadas a otros tres, al estimar que la tesis oficial de la «legítima defensa en respuesta a los disparos directos» que provenían del hotel, «inmediatamente avanzada, afirmada y mantenida hasta el más alto nivel del Estado americano», fue de hecho «una mentira de Estado», responsabilidad compartida por el gobierno norteamericano y el cuartel general de sus FAS en Irak.

Para RsF, al jefe de dicho cuartel general y comandante de la III División de Infantería, general B. Blount, le correspondía una «grave responsabilidad», la de no haber informado a sus tropas de la presencia de periodistas en el hotel, toda vez que el disparo contra el establecimiento «no es un disparo deliberado contra periodistas o la prensa de Bagdad», ya que los militares americanos sobre el terreno no estaban informados de la presencia masiva de periodistas en el establecimiento, pues, «si lo hubiesen estado, no habrían disparado». En consecuencia, la organización exonera de toda responsabilidad al capitán Wolford, que autorizó el disparo, y al sargento Gibson, que lo pidió y ejecutó. Para Mari, la presencia de periodistas en el hotel, conocida por el general Blount, «no fue nunca mencionada a las tropas sobre el terreno, ni señalizada en los planos de los observadores de artillería», por lo que «la cuestión es saber si esta información fue retenida voluntariamente por desprecio o por negligencia criminal». A su juicio, «a nivel superior, el poder político, es decir el gobierno americano, comparte esa responsabilidad» y, según él, «sus dirigentes han hecho regularmente declaraciones sobre el estatuto de los corresponsales de guerra en Irak que habían transmitido a todos los escalones, lo que constituye la crónica de un drama anunciado».

RsF establece que el gobierno norteamericano había buscado durante la guerra de Irak crear un doble estatuto para los periodistas, de una parte los que estaban *embedded*, integrados entre sus tropas, a los que se aseguraba la protección, y de otra los denominados independientes, a los que era preciso sacarlos de la manera más rápida posible del teatro de operaciones. En ese sentido, cabe recordar que, días después de su entrada en Bagdad, la 3ª División de Infantería de Marina rindió homenaje a los ocho compañeros fallecidos en el conflicto y también a los tres periodistas muertos *empotrados* en la unidad: D. Bloom (*NBC*), Ch. Liebig (*Focus*) y J.A. Parrado (*El Mundo*). En el discurso que dirigió a los presentes, el coronel Perkins dijo que «Existen razones valiosas por las que morir. La libertad es una de ellas» y que los periodistas «se ganaron nuestro respeto porque soportaron algunas privaciones con el fin de informar de lo que sucedía en el frente de batalla».

De vuelta al informe de RsF, en el mismo se considera que la investigación «final» del ejército de EE UU sobre este asunto «no es tal», por lo que pide «retomar las investigaciones para responder a las verdaderas cuestiones que plantea la doble muerte del suceso del hotel Palestina» y rechaza el resultado de la investigación del ejército estadounidense que, el 12-VIII-2003, había eximido de toda responsabilidad a sus soldados, ya que sus portavoces ocultaron «que sus militares sobre el terreno no fueron nunca informados de la presencia masiva de periodistas en el hotel Palestina». En base al resultado del citado informe, el gobierno de EE UU mintió cuando, en las horas siguientes al disparo, aseguró que sus soldados habían actuado en legítima defensa y respondían a «disparos enemigos procedentes del hotel», y volvió a

mentir cuando tuvo que sustituir «los disparos directos por la acción de un equipo de cazadores-asesinos que justificaría la legítima defensa». Al reportero de Tele 5 J. Sistiaga, compañero de Couso y miembro de la ejecutiva española de RsF, le parece un informe excelente pero considera que no puede en absoluto exonerarse de responsabilidad a Wolford y Gibson, sobre todo cuando este último cambió el proyectil de su tanque (por un obús high explosive que explota al acercarse al objetivo) antes de disparar.

El presidente español de RsF, F. Castelló, con ocasión de la celebración del día de la libertad de expresión, en un artículo publicado en el diario *El País* (3-V-04), analizaba la responsabilidad de EE UU a la hora de esclarecer las muertes de reporteros de guerra en Irak, conflicto en el que, desde su comienzo, habían fallecido 23 periodistas, 5 de ellos en 2004 y 10 a causa del fuego de las FAS norteamericanas. Recuerda que ni el gobierno ni el ejército de EE UU, tras investigaciones cerradas a cal y canto que, coincidentemente, concluyen que las tropas actuaron en «situación de legítima defensa» y «de acuerdo con las reglas», han reconocido responsabilidades en dichas muertes y que el portavoz del Pentágono, V. Brooks, llegó a afirmar que «nosotros no conocemos todos los lugares donde operan los periodistas durante los combates; sólo conocemos las posiciones de aquellos que trabajan con nosotros», lo que, a su juicio, equivale a crear un «doble estatuto» para los periodistas, según estén o no *integrados* entre las fuerzas atacantes. De esa manera, existirían los «protegidos» y los «ignorados», lo cual constituye una violación anunciada de la necesaria pluralidad informativa y de las Convenciones de Ginebra.

Con arreglo a ese planteamiento, no le extraña que la situación del hotel Palestina no estuviera señalada como *non firing zone* (zona vedada de tiro) en los mapas militares, ni que la información sobre la presencia masiva de periodistas en el hotel no fuera comunicada a las unidades blindadas que dispararon centenares de proyectiles contra la orilla este del Tigris, donde estaba el Palestina. Dado que todavía no se había hecho una encuesta oficial fiable y en profundidad, sigue amparándose en la realizada por RsF, en la que se establece la responsabilidad principal, por negligencia criminal, del general Blount, por no haber comunicado al mando sobre el terreno ni señalar en los mapas de sus artilleros la presencia de periodistas en el hotel, edificio que debería haber sido declarado *non firing zone* según las convenciones de Ginebra, así como del gobierno norteamericano, por inducción no menos objetivamente criminal, al advertir a los periodistas no integrados entre sus tropas de que se atuvieran a las consecuencias y no reprender siquiera a quienes los mataban. Para tratar de conocer lo sucedido, y exigir las correspondientes responsabilidades, recuerda que, además de apoyar jurídicamente a la viuda de Couso, RsF se ha personado en la causa abierta ante la Audiencia Nacional por el fallecimiento del cámara y ha presentado ante el Congreso de EE UU, en nombre de seis familias de las víctimas, una petición de esclarecimiento de dichas muertes.

### III. LA FAMILIA DE COUSO

En un primer comunicado, la familia del cámara español consideró lo ocurrido en el hotel Palestina «un brutal crimen de guerra, ya que viola el protocolo adicional de la Convención de Ginebra», razón por la que exigía «una investigación internacional que esclarezca de manera creíble y fehaciente los dudosos motivos que han rodeado tan brutal asesinato», y anunciaba la presentación de una querrela contra las FAS de EE UU, el ministro de Defensa español y el presidente del gobierno J. M<sup>a</sup>. Aznar. Al mismo tiempo, desde *Tele 5* se pedía al embajador de EE UU en España la apertura de una investigación que «aclare de forma válida y creíble las circunstancias en que se produjo» su muerte y se entregó un escrito en el Ministerio de Asuntos Exteriores español en el que exigía la presentación de una queja diplomática ante el gobierno de EE UU y pedía que el departamento informase a la familia de las causas y circunstancias del fallecimiento y le comunicase las gestiones de la investigación y la respuesta oficial que le fuese facilitada. La ministra reiteraba que el gobierno ya había pedido esa información y, en función de la respuesta, «tomará las medidas que estime oportunas».

El portavoz de la familia, después de reconocer que habían decidido ser prudentes tras una conversación con el vicepresidente Rajoy, exige una rectificación a la ministra Palacio sobre sus declaraciones en torno al asunto —«aun en el caso de que fuera un error de un blindado, no es una cuestión para condenar a un país, no tiene entidad desde el punto de vista del Gobierno»— y la califica de «imprudente», pidiéndole que «se calle si no sabe explicarse y se entere de lo que sabe toda la opinión pública, las declaraciones de los jefes de la unidad americana en las que se responsabilizan de lo ocurrido». Agrega que la ministra dice que «hay versiones contradictorias», cuando todos los compañeros de Couso son unánimes al reconocer que no hubo disparos desde el hotel, además de que era un hecho «sobradamente conocido» para EE UU que el hotel estaba ocupado por numerosos periodistas extranjeros.

Califica de «surrealista» la carta que el secretario de Estado, C. Powell, remitió a la ministra, en la que justificaba la muerte de Couso, porque mantener la primera versión quiere decir que «no ha habido implicación de ningún tipo» y asegura que «no es de recibo decir que está justificado abrir fuego contra un hotel lleno de periodistas cuando, según los testimonios de testigos y periodistas, no había francotiradores ni soldados iraquíes. Es una mentira», pues él, como periodista y militar, sabe «cómo funciona esto», en mayor medida cuando el propio código militar norteamericano indica que, «incluso en tiempo de guerra, la gente es responsable». Considera que esa versión «vuelve a matar la verdad y la justicia» y, en ese sentido, critica al gobierno español por incumplir sus propias promesas y aceptar la verdad preliminar sin cuestionarla, razón por la que pide «el amparo de la Corona en su papel moderador», así como el de la sociedad española, para obtener el respeto a la verdad y la justicia.



Tampoco comprende la postura del gobierno español, ya que parece «el defensor de la mentira» y «quiere dar carpetazo igual que ha dado el propio Colin Powell», por lo que le recuerda «la enorme responsabilidad» que tiene en el caso y en «la defensa de lo que es la verdad y la justicia, y tiene que mostrar una postura muchísimo más humana», recordando que su principal objetivo es «asegurar la situación» de la viuda y los dos hijos del periodista. Exige «por enésima vez» el amparo del Ejecutivo, para que «no acepte la insultante respuesta del gobierno americano, que ofende a la inteligencia de toda la sociedad», y también del Parlamento para que inste al gobierno a solicitar una investigación seria y formal, así como a la Fiscalía General del Estado y el Poder Judicial con el fin de que se haga justicia por tan «brutal crimen», petición que hacen extensiva a los **mcs** y a todas las asociaciones de periodistas para que continúen «su férrea defensa del universal y constitucional derecho a la información».

El portavoz de la familia subraya, finalmente, que no hacen responsable de la muerte al Ejecutivo español, porque Couso se encontraba allí independientemente de que España apoyase o no la guerra, pero sí denuncia la actitud de «abandono y desamparo» a la que se ven sometidos en relación con la petición de responsabilidades «en el tremendo crimen cometido», por lo que exige al presidente Aznar que, al regreso de su entrevista con Bush, traiga un informe del Pentágono «en el que diga la verdad de lo que pasó (...), los nombres de los responsables y las disculpas oficiales».

Al cumplirse un mes de su muerte, familiares, amigos y compañeros de Couso (alrededor de 100 personas) se concentraban ante el Ministerio de Asuntos Exteriores para reclamar una investigación, acto que repitieron por la tarde ante la embajada de EE UU. Su hermano calificó lo sucedido como «crimen de guerra contra la prensa» y pidió que se investigase y se hiciese justicia, planteando la posibilidad de solicitar una compensación a EE UU y que se juzgase a los culpables. Informa de que hay un equipo de abogados estudiando la posibilidad de interponer una denuncia, si bien reconoce que los soldados norteamericanos «juegan con una impunidad increíble», ya que su gobierno no firmó el Protocolo Adicional I de 1977 (GPI), en el que se habla de los civiles e incluye a los periodistas.

Otro de sus hermanos leyó un comunicado, distribuido a los presentes, en el que se criticaba tanto la postura del gobierno de EE UU como del español, cuyo papel, asegura, «ha sido vergonzoso, tanto con la familia de José como en el tratamiento público de la noticia», y añadía: «Desde los continuos desastrosos de Ana Palacio hasta la canalla indiferencia de José María Aznar, la familia Couso no sufre más que un calvario de desamparo y humillación». También se dice en el comunicado que, con el ataque al hotel Palestina, EE UU intentó «intimidar a la prensa, silenciarla y expulsarla», afirmación avalada por el hecho de que el disparo del tanque fue realizado «sin prisa y con precisión calculada». La familia espera, con este tipo de actos, convertirse en una «continua pesadilla» para el gobierno.

#### IV. REACCIÓN DEL GOBIERNO ESPAÑOL

Dentro de las numerosas reacciones que produjo el suceso del hotel Palestina, merecen resaltarse las de la familia de Couso y de sus compañeros de profesión, quienes consiguieron no sólo movilizar a la opinión pública sino, también, obligar a las autoridades a implicarse en el tema. En un primer momento, el gobierno español anunció que intentaba «recabar información» sobre lo sucedido, sin confirmar la presentación de queja diplomática alguna y el presidente Aznar declaraba que, tras recibir de Bush «su pesar y solidaridad», se había tratado de una «desgracia terrible» de la que hacía responsable al régimen iraquí y recordaba a los periodistas los «riesgos que se corren» en el ejercicio de la profesión en tiempos de guerra.

Por su parte, el ministro de Defensa, F. Trillo, señalaba en el Senado que, ante versiones contradictorias sobre lo sucedido —la del Pentágono, de que se disparó tras ser atacado por francotiradores desde el hotel, y la que facilitó el mando norteamericano en Qatar al Ministerio de Defensa español, relativa a la declaración del hotel como «objetivo militar» 48 horas antes, tras detectarse reuniones de iraquíes en su interior—, «nosotros no estamos en la zona ni tenemos tropas de combate ni podemos tener mayores garantías que las de enfatizar que son ejércitos que están tratando de actuar con arreglo al derecho internacional», calificando los hechos de «gravísimo error», con lo que se daba por buena la versión ofrecida por el Pentágono de que el ataque no fue premeditado, aun cuando, ante una pregunta de un periodista sobre si se había presentado algún tipo de queja a EE UU, dijo que «Ya lo hicimos ayer». Ese mismo día, en el Congreso, el ministro aseguraba que en el hotel «había *fedayines* y equipos del Ministerio de Información iraquí», dato que dijo haber oído de boca de periodistas españoles allí alojados y del propio compañero de Couso, J. Sistiaga, argumento éste esgrimido por EE UU para declarar el hotel «objetivo militar», si bien insistió en que tal circunstancia «no justifica un gravísimo error que espero sea investigado hasta el final».

Por su parte, la ministra A. Palacio, tras admitir que había reclamado información al gobierno de EE UU, reconocía que no se trataba de una solicitud de explicaciones «en sentido diplomático», ni de exigir una investigación oficial o personarse en la que de oficio habían abierto las FAS norteamericanas, a pesar de que la muerte de los dos cámaras se produjo en «circunstancias sorprendentes». En su declaración, se limitaba a expresar su pesar por «todas las víctimas que se están produciendo en Irak, las víctimas en términos generales de todas las guerras que pueda haber en el mundo y las víctimas también del terrorismo». Al día siguiente de la muerte de Couso, un portavoz de Exteriores informaba que Palacio había hablado dos veces con Powell y estaba estudiando la forma de que seis periodistas que deseaban salir del hotel Palestina pudiesen hacerlo, ya que estaba «tomado por los iraquíes y es objetivo militar».

Sin embargo, el gobierno no aludió a la versión del mando de Qatar y se limitó a señalar que sólo tenía conocimiento de que era peligroso permanecer en Irak, por lo que recomendó por dos veces abandonar el país, sobre todo después de conocer que un grupo de periodistas tenía pensado organizar un convoy para salir de Bagdad hacia Jordania. Mientras J. Arenas, ministro de Administraciones Públicas, consideraba que «Ya se han dado las explicaciones pedidas. Ahora hay que concentrarse en atender a su familia», el vicepresidente M. Rajoy subrayaba, en referencia a la carta de Powell, que EE UU ya había contestado a España «al máximo nivel posible».

Durante su visita a Madrid, el 1 de mayo, y ante las preguntas de los periodistas, el secretario de Estado C. Powell dijo que «seguimos investigando» lo sucedido, que hablaba constantemente con Rumsfeld y el general T. Franks en busca de datos por «si ocurrió algo inapropiado» y concluía: «fue un terrible accidente. Realmente creemos que fue un trágico accidente de guerra. Sabíamos lo que era aquel hotel, y por eso no había sido atacado en los bombardeos aéreos, pero aquel día tuvimos una batalla en tierra cuando jóvenes soldados americanos fueron atacados muy gravemente con riesgo para sus vidas. En el calor de la batalla, dispararon y le dieron al hotel en el que estaban el señor Couso y otros. No creemos que nuestros soldados sean culpables, porque actuaron en autodefensa y utilizaron la fuerza adecuada en esa circunstancia». Por su parte, A. Palacio destacó que la muerte de Couso fue «una tragedia para lo que significa el derecho a la información en nuestras democracias» y afirmó que «el Ejército de EE UU es riguroso en el control de este tipo de situaciones».

## **V. LA REACCIÓN DE LOS PARTIDOS POLÍTICOS**

Como era lógico predecir, tras los intensos debates que había provocado la decisión del gobierno español de implicarse de forma directa en el conflicto, en contra de la mayoría de la opinión pública, los distintos grupos políticos trataron de aprovechar el suceso para atacar al Ejecutivo y al grupo que lo apoyaba. Así, en el Pleno del Congreso del 29 de abril, con la presencia de los familiares de Couso en la sala, se abordó el tema de las muertes de éste y A. Parrado, donde, además de rendirle homenaje a ambos, se produjo un debate que terminó con la negativa del Partido Popular (PP) a votar una condena de la «acción militar» que había provocado la muerte de Couso.

Respecto a ésta, la diputada B. Lasagabaster (EA) habló de crimen de guerra e I. Guardans (CiU), tras hacer un recordatorio de la existencia del DIH en tiempo de guerra, puso de manifiesto que el gobierno tenía la obligación jurídica y moral de exigir una investigación por la muerte de un ciudadano español. Todos los grupos de la oposición aceptaron una enmienda de CiU en la que se lamentaba la muerte de los dos periodistas, se condenaba la acción militar que provocó la de Couso y se exigía a EE UU una «investigación exhaustiva, con determinación de responsabilidades». El representante del PP, G. Arístegui, calificó a los muertos de «héroes de la libertad de expre-

sión» y dio seguridades de que el gobierno estaba intentando esclarecer los hechos a la vez que estudiaba «cómo articular las necesarias y justas compensaciones».

De nuevo, los partidos de la oposición pedirían al gobierno en el Parlamento que exigiese una respuesta a EE UU por este «crimen de guerra». El PSOE anuncia que estaba buscando apoyos en la oposición para que el Pleno del Congreso, donde se debatirían varias proposiciones no de ley sobre las muertes de Parrado y Couso, incluyese una condena del «crimen de guerra» que fue la muerte del segundo de ellos. Su portavoz, J. Caldera, criticó las explicaciones de Powell y rechazó la «excusa» con la que EE UU había explicado la muerte de Couso —dispararon porque «respondían a fuego enemigo»—, reclamando una «condena moral y ética» de lo ocurrido y que se exigiesen las responsabilidades previstas en los convenios internacionales. Confiaba en que el gobierno apoyase la iniciativa y «no nos conduzca a la ignominia» de no condenar esa acción.

Por parte de IU, su coordinador general, G. Llamazares, calificaba de «burla» las explicaciones de Powell, criticaba las «falsedades y excusas del Pentágono» y afirmaba que la «implicación» del gobierno español en la guerra «le hace responsable subsidiario político y civil del asesinato de José Couso». Días después, tras constatar que el gobierno «intenta echar tierra» sobre ambas muertes y que el Ministerio de Asuntos Exteriores «está más por tapar responsabilidades que por presionar» a EE UU para que «investigue lo sucedido», Llamazares declaraba que IU solicitaría la constitución de una comisión parlamentaria de investigación para aclarar las circunstancias y las posibles responsabilidades en el fallecimiento de los dos periodistas españoles, ya que consideraban que la muerte de Couso fue un «asesinato claro».

El 25 de noviembre se produce una bronca parlamentaria en el Congreso de los Diputados, al rechazar el PP una proposición no de ley firmada por todos los grupos parlamentarios de la oposición en la que se pedía la condena de la muerte de Couso y que se investigase la misma, así como que el gobierno reconociese institucionalmente el trabajo de ese y los demás periodistas muertos en la guerra de Irak. A fin de revestir el debate de cierta solemnidad, todos los portavoces de la oposición subieron a la tribuna, en lugar de intervenir desde sus escaños. En tanto M. Marín (PSOE) denunciaba que el gobierno estaba iniciando un lento proceso de rectificación en sus posiciones sobre la guerra de Irak y pedía que resolviese el problema de la familia de Couso y se hiciese justicia sobre lo ocurrido, I. Guardans, en un tono de gran dureza, exigía que el PP reclamase una investigación «rigurosa e independiente» y que dejase de considerar a Couso como un muerto «de segunda». Desde IU, F. Alcaraz se preguntaba por la «escala moral» de un gobierno que ni siquiera condenaba lo ocurrido, mientras L. Mardones (CC) recordaba que las leyes militares norteamericanas harían posible la investigación y, en su caso, la condena de lo ocurrido.

En defensa de las tesis del gobierno intervino G. de Arístegui (PP), quien tuvo que llevar a cabo su intervención en medio de una gran bronca, al comenzar pidiendo

do un aplauso de su grupo como homenaje a Couso y al resto de periodistas muertos en Irak, lo que motivó que, mientras los populares aplaudían, los de la oposición aporreasen los escaños en señal de protesta, repetidos cuando sostuvo que no se puede efectuar una condena cuando los hechos no están claros, rechazando que el gobierno español fuese «seguidista» del de EE UU. Igual reacción se produjo cuando la presidenta anunciaba el resultado de la votación, en la que el PP se quedaba una vez más solo ante los demás grupos parlamentarios.

Con ocasión del primer aniversario del ataque al Palestina, al ser preguntado por si creía que pudiese existir predisposición por parte del nuevo gobierno socialista para convocar una comisión de investigación sobre la muerte de Couso, Llamazares afirmaba que «parece ser que existe» y que ésta era «favorable». Explicó que IU había pedido al ministro de Asuntos Exteriores, M. A. Moratinos, que exigiese al gobierno norteamericano, «de manera inmediata, la responsabilidad y la clarificación del asesinato de José Couso», añadiendo que la petición incluía que se estudiase la posibilidad de reconocer a la familia de Couso como «golpeada por un atentado, en este caso de terrorismo de Estado» algo que, a su juicio, «parece ser que va a ser estudiado porque hay una predisposición favorable».

## **VI. LA REACCIÓN DE LOS ORGANISMOS INTERNACIONALES**

Los sucesos del hotel Palestina obtuvieron, también y como era lógico, un amplio eco a nivel internacional, de tal manera que, casi de inmediato al ataque del día 8 de abril, un portavoz de la Comisión Europea anunciaba que se iban a realizar gestiones ante el gobierno de EE UU para aumentar la protección de los periodistas en Irak y recordaba que la Convención de Ginebra protege el trabajo de los informadores en zonas de conflicto, por lo que «tomar a los medios como objetivos va contra la Convención».

Por su parte, la sección española de Amnistía Internacional (AI) consideró que el ataque al hotel había sido una violación de la Convención de Ginebra y, tres meses después de la muerte de Couso, responsables de dicha Sección hicieron entrega a su familia, ante la sede del Ministerio de Asuntos Exteriores, de una postal simbólica que representaba las 40.000 peticiones que ciudadanos españoles dirigieron al presidente del gobierno en la que le exigían llevase a cabo una investigación «inmediata, independiente e imparcial» sobre la muerte del periodista, toda vez que había acontecido en circunstancias no explicadas adecuadamente por parte de las autoridades norteamericanas, razón por la que, durante el acto, una miembro de AI recordó que seguía sin aclararse la actuación de las tropas de EE UU en dicho suceso.

Desde Bruselas, la Federación Internacional de Periodistas denunciaba que «bombardear hoteles donde se alojan periodistas y señalar a medios árabes como objetivos son hechos particularmente graves en una guerra lanzada en nombre de la democracia» y su secretario general, A. White, pedía una «investigación internacio-

nal e independiente» de los hechos. El CPJ remitió una carta a D. Rumsfeld en la que expresaba su indignación por la muerte de tres periodistas en Bagdad por disparos de tropas estadounidenses, en especial por el misil que alcanzó la sede de la cadena de TV *Al Yazira* y que mató a un cámara, lo que levantó sospechas sobre si se trató de un ataque deliberado, el mismo sistema que utiliza el Instituto Internacional de Prensa para protestar ante Rumsfeld por el ataque «de la forma más tajante» y exigir a su gobierno que recuerde a sus tropas que todos los periodistas deben disfrutar de protección. Si bien puede llegar a aceptar que el cañonazo contra el hotel pudo no haber sido «deliberado», sí califica de «brutal» el ataque contra la sede de *Al Yazira*.

La organización RsF declara estar «aterrorizada» e «indignada» por lo sucedido y su secretario general, R. Ménard, afirmaba: «Estamos consternados por la gravedad de los ataques estadounidenses contra los periodistas. En un solo día han muerto tres periodistas por disparos del ejército norteamericano en Bagdad. Se sabía que los lugares elegidos como blancos para los ataques albergaban a los periodistas, que se trataba de las oficinas de *Al Yazira* o del célebre hotel Palestina».

A nivel interno español, la Federación de Asociaciones de Prensa pedía al gobierno que «abra una investigación minuciosa» y recordaba también que la Convención de Ginebra ampara a los periodistas. Su presidente, A. Fernández Pombo consideró «gravísimo» e «imperdonable» el ataque contra el hotel y añadió que, cada vez que muere un periodista, «es luto para toda la profesión». Por su parte, un grupo de 28 periodistas españoles que cubrían la guerra desde Bagdad anunciaban que emprenderían acciones legales para esclarecer la muerte de Couso, al considerar que su muerte fue «un asesinato y viola todas las convenciones internacionales». Los periodistas acreditados en el Parlamento español boicotearon la presencia del presidente Aznar tanto en el Senado —dejaron sus útiles de trabajo en el suelo— como en el Congreso de los Diputados, donde le dieron la espalda cuando se sentó en el escaño y exhibieron fotografías de Couso, motivo por el que fueron desalojados por los servicios de la Cámara. El vicepresidente Rajoy aprovechó la ocasión para trasladarles un mensaje de comprensión del gobierno por los difíciles momentos que atravesaba la profesión.

Aprovechando lo sucedido, la Federación de Sindicatos de Periodistas pretendía poner de relieve la «situación de precariedad» en la que se encuentran muchos trabajadores de la información. Así, mientras a Parrado se le permitió ir a Irak como corresponsal de guerra a pesar de no pertenecer a la plantilla de *El Mundo*, respecto a Couso dice que «La cámara con la que ha filmado el horror de esta guerra era suya y él era su propia empresa; esa cadena de televisión contrató sus servicios y renovaba periódicamente ese contrato, pero no lo tenía entre sus trabajadores de plantilla». También expresaron su pesar por lo sucedido la Asociación Nacional de Informadores Gráficos de Prensa y TV, la Casa Real, el Gobierno, los partidos de la oposición y presidentes de Comunidades Autónomas.

Ese año, el jurado de los premios Ortega y Gasset de periodismo acuerda concedérselo a los periodistas españoles que habían cubierto el conflicto de Irak, lo que se entendió como el último homenaje a los allí fallecidos. Entre las reacciones de esos profesionales, cabe señalar las de A. Sotillo (*ABC*) —«Hemos hecho todo lo posible para que esta vez no se haga realidad ese viejo precepto de que la primera víctima de la guerra es la verdad»—, la de O. Rodríguez (*Cadena Ser*), para quien el premio reconoce que la presencia de periodistas en las guerras «no sólo sirve para relatar y denunciar, sino también de salvaguardia frente a las atrocidades de uno y otro bando», la de A. Rodicio (*TVE*), quien, tras recordar los intentos de los gobiernos norteamericano y español para que los periodistas abandonasen Bagdad, aseguraba que éstos habían dado «una lección de independencia y de rigor, en contra de las indicaciones del Pentágono y del Gobierno español» o la de M<sup>a</sup> A. Sanchez-Vallejo (*Colpisa*), quien explicaba que los periodistas «pudimos haber sido víctimas del fuego amigo, informativamente hablando, o de la desinformación tendenciosa por parte irakí. Pero hemos resistido. Desgraciadamente, dos compañeros han sido víctimas reales, que no informativas, de esta guerra».

Precisamente, en el acto de entrega de dichos premios, el 8 de mayo, el escritor mexicano C. Fuentes, en su discurso titulado *Ejercer el periodismo es ejercer la libertad social*, entre otras cosas, dijo:

La lista de periodistas victimados, más que físicamente, en su dignidad profesional crece cada día. Ph. Smucker, del *Christian Science Monitor* de Boston y del *Daily Telegraph* de Londres, fue expulsado de Irak por las autoridades norteamericanas. Su pecado: poner en peligro la guerra mediante reportajes demasiado precisos. El legendario P. Arnett destituido por la *NBC*. Su pecado: expresar un punto de vista profesional opuesto al punto de vista oficial. Un trío honorable de periodistas españoles —Pachu, Pedro y Jon Andar— ante la imposibilidad de informar verazmente declararon: «No somos corderos de un rebaño. No nos callarán». Qué gran triunfo. Pero qué doloroso triunfo, cuando el corresponsal de la *ABC* tiene que abandonar el frente ante el sesgo informativo impuesto por el comando central de la invasión, cuando el corresponsal en Doha de *The New York Times* tiene que reprochar la falta de veracidad de las autoridades militares de ocupación, cuando el corresponsal de *Televisa* J. López Dóriga tiene que denunciar la contradicción entre los partes militares optimistas y la cruda realidad de una campaña de costos imprevistos o cuando dos de los mayores *mcs* británicos —la *BBC* y *The Independent*— denuncian la exclusión de los corresponsales que no siguen la línea oficial de Bush y de Blair. Qué razón asiste a E. Subirats cuando afirma que estamos ante un totalitarismo mediático caracterizado por la manipulación a nivel planetario. En efecto, C. Ricce no se mide cuando ataca a lo que llama «la prensa incómoda», pero ¿es otra la misión más inmediata de la prensa: incomodar, quebrantar dogmas, afirmar verdades desagradables? A los periodistas censurados

y obstaculizados se añaden trágicamente los muertos en el cumplimiento de su deber: Couso, víctima de la fuerza invasora, y Anguita Parrado, de la defensora.

A su juicio, la Primera guerra del Golfo fue un espectáculo ascético, de tal manera que «Asistimos, noche a noche, a un espectáculo televisado a colores en tiempo real. Hermosos juegos de artificio. Nunca vimos los cadáveres. Esta vez, sí». Desde Qatar, la emisora *Al Yazira* se ha encargado de diseminar las imágenes de la muerte y la destrucción, tan cuidadosamente maquilladas hace diez años, imágenes que llegan a 40 millones de árabes que han visto morir a sus hermanos en una contienda sin justificación, como las vieron millones más en todo el mundo, millones de ciudadanos que se preguntan, a veces con la mayor buena fe, a veces partidarios de la coalición británico-americana: ¿Cuál entre todas las causas invocadas es la «causa justa»?

Para Fuentes, la respuesta es difícil, pues en la guerra de la información los atacantes necesitan satisfacer auditorios, tranquilizar clientes, amenazar, expulsar a los periodistas veraces y sellar alianzas cómplices con los informadores sumisos. A su vez, los atacados se defienden con estudios móviles y antenas auxiliares que suplen la destrucción de los inmuebles televisivos. Piensa que ni la coalición británico-americana ni el régimen de Bagdad eran dueños de la verdad absoluta y que «lo que importa es que haya más de una versión del conflicto. Lo excelente es que la credibilidad se haya vuelto más exigente y, en consecuencia, la manipulación sea menor».

## VII. EL REFLEJO EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN

Los *mcs* más prestigiosos del mundo aprovecharon lo sucedido para editorializar sobre los problemas que entraña el ejercicio de la profesión en situaciones de crisis. Así, el periódico alemán *Financial T. Deutschl*, en su editorial del 9 de abril, titulado *En la línea de fuego*, señala que, tras esos incidentes, EE UU, que conocía la situación de las sedes de *Al Yazira*, atacada con dos misiles, la de *Abu Dabi TV*, con armas ligeras, y la del hotel Palestina, tiene que disipar la sospecha de que los reporteros no sólo están sometidos al riesgo general de la guerra, sino que además «se les ha convertido intencionadamente en objetivos militares» para acelerar la victoria. En la psicología de la guerra, los *mcs* «son hoy más importantes que nunca», motivo por el que las imágenes que muestran la perspectiva iraquí son «una molestia» para EE UU; sin embargo, dichos medios «no son un arma en el sentido de la Convención de Ginebra». Cuando la política y los jefes militares difuminan los límites de lo que es un objetivo militar, para los tropas sobre el terreno es «casi imposible proteger a los civiles». Recuerda que el bombardeo de la TV iraquí, al principio de la guerra, «ya fue una violación de la Convención de Ginebra», de igual modo que lo fueron los ataques a la emisora estatal de Belgrado en 1999 y a la oficina de *Al Yazira* en Kabul en 2001, ataques que «ponen en peligro la credibilidad de EE UU».



Al día siguiente, era el diario español *El País* el que comenzaba su editorial titulado *Hotel Palestina* con una frase contundente —«La ocultación y la mentira son la continuación de la guerra por otros medios»—, para recordar que, quienes habían presentado esta guerra como «la de la civilización contra la barbarie», estaban obligados a esclarecer las causas de las muertes provocadas por sus tropas, en clara alusión a EE UU, circunstancias que igualmente comprometían al gobierno español a exigir responsabilidades, «sin limitarse a convalidar las explicaciones del mando militar estadounidense», pues la versión de éste ya había quedado desautorizado con la de los presentes en el lugar de los hechos. Recuerda que nadie disparaba desde el hotel, pero, aunque así fuese, no justificaba lanzar un proyectil contra las habitaciones. De la misma manera, el que el edificio hubiese sido declarado «objetivo militar» no sólo era «inverosímil» —nadie fue informado de tal eventualidad— sino que era «bárbaro», poniendo el ejemplo de un hospital que sí lo fuese. Por ello, solicitaba que el ministro Trillo exigiese a las autoridades de EE UU una «investigación independiente», sin conformarse con la versión del Pentágono. Cuestiona que el alto mando militar de «un país respetuoso con la libertad de información» hubiese dado la orden de disparar contra los periodistas, pero el que, ese mismo día, se hubiese atacado las sedes de dos cadenas árabes de TV «impide considerar lo ocurrido como un simple error humano individual».

Invoca, como hizo la FIJ —calificó los hechos como «crímenes de guerra»—, el cumplimiento del DIH, en concreto el GPI (no ratificado por EE UU), no sólo por tratarse de personas civiles sino de «testigos imprescindibles para evitar la banalización de la guerra y la ocultación de sus efectos más terribles, que ninguna estadística podrá nunca reflejar», de ahí la «vieja desconfianza de los guerreros hacia los cronistas» y también los «intentos contemporáneos de condicionar el trabajo de los periodistas». Recuerda cómo, en la primera guerra de Irak (1991), «apenas hubo imágenes reales», pues, mientras unas fueron falsificadas por motivos propagandísticos, otras fueron sustituidas por destellos fosforescentes y considera que el acceso a imágenes reales del horror incide en el centro del debate sobre la legitimidad de esta guerra, sobre la «proporción entre el mal que se pretende evitar y los sufrimientos ocasionados», razón por la que se produjeron esos ataques.

Polémico resultó el artículo publicado por H. Tertsch en el mismo medio, al día siguiente, titulado *Periodistas en guerra*, en el que, partiendo de que, aunque sea recibida con escepticismo, «cuando no con cinismo», por gran parte de la opinión pública, reconoce que las sospechas sobre la simultaneidad de los ataques exige una explicación «y no un mero lamento» por parte de EE UU, gesto que podría paliar «la amargura generada por las primeras reacciones de indiferencia» de dicho país, para, a continuación, referirse a «la irracionalidad y la fanatización de los adalides de la moralidad suprema del pacifismo», las que han alcanzado cotas que amenazan la pérdida del norte para todos. Recuerda que, mientras la población y los combatientes «no tienen opción», los corresponsales de guerra están allí «por voluntad propia» y asu-

men el «riesgo de morir», aunque las muertes de los dos compañeros hagan dudar de ello, ya que suelen ser profesionales sin contrato fijo, que sus directores mandan sin seguro y a los que se obliga a pagar de su bolsillo el mínimo equipo de seguridad.

En su opinión, los periodistas de ahora ya no se juegan la vida por la vocación de informar, sino por «arañar unos titulares e historias que les permitan mejorar su angustiosa situación laboral y su dignidad», a causa de los «contratos basura, subcontratas y desprecios». Critica el plante realizado al presidente del gobierno en el Congreso y se pregunta por qué no se hace lo mismo a sus empresas y, mientras que en el caso de Couso cree que fue a la guerra porque «no tenía opción» y murió «sin dejar testimonio de las miserias de la profesión», en el de Parrado habla del «obsceno rapto y comercialización» de que fue objeto por parte de su director, al que no cita, de igual forma que lo había sido el otro Julio (Fuentes), muerto en Afganistán.

Tras denunciar que Parrado fue obligado a comprarse el chaleco antibalas con su dinero, para poder integrarse con las tropas norteamericanas, recuerda que las muertes de periodistas «conmueven al gremio más que los goteos de muertes de albañiles», algo lógico que, sin embargo, no debería impedir ver «quiénes instrumentalizan a los muertos para atacar a las instituciones». Sin embargo, días después (23-IV) y en el mismo medio, volvía a publicar otro artículo —titulado *La rectificación*— en el que pedía disculpas por algunas de las acusaciones anteriores, al haber sido desmentido en lo que se refería a la compra del chaleco de Parrado, pero reafirmandose en la denuncia de la «obscena precariedad» en que vive la profesión periodística.

## VIII. EL INFORME OFICIAL

Durante su participación en un curso de verano en Santander, el 3-VII-2003, el teniente coronel E. Otero, puertorriqueño hijo de padres españoles, al ser preguntado sobre los sucesos del hotel Palestina, decía en descargo de sus compañeros que, si bien no justificaba lo ocurrido, «la reflexión en la guerra no existe, nuestros militares se sintieron amenazados y dispararon». Nueve días después, el gobierno de EE UU enviaba a los de Ucrania, que había solicitado a Washington una investigación, y España —no la exigió, al aceptar desde el principio las disculpas presentadas por EE UU—, el informe donde se recogían los resultados de la investigación sobre las muertes de los dos periodistas, el cual fue difundido por el gobierno de Kiev pero no por el de Madrid, y trasladaba sus condolencias a las familias de los dos periodistas. Por cierto, T. Protsyuk sería condecorado a título póstumo por el presidente de su país.

El portavoz ucranio dijo que, según ese informe, el disparo fue realizado «en defensa propia y en conformidad con las reglas de combate... Los soldados del carro de combate actuaron siguiendo informaciones sobre la presencia en el hotel de un francotirador que coordinaba el fuego por parte iraquí», por lo que se exculpaba a las tropas de la 3ª División de cualquier tipo de responsabilidad. Unas horas después de

hacerse público el informe en Kiev, el gobierno español reconoció haberlo recibido y dado traslado de una copia a la familia de Couso, quienes se mostraron descontentos con la forma en que se les había comunicado (sin membrete oficial y en inglés) y en desacuerdo con el resultado del mismo.

La reacción a los datos del informe oficial dada por el gobierno de EE UU no se hizo esperar, comenzando por la familia de Couso que rechazó de manera rotunda dicha versión. Así, su hermano Javier decía: «Queremos que el Gobierno ordene una investigación independiente. Mientras tanto, vamos a continuar con nuestras propuestas. Es una investigación de pacotilla y nos parece increíble que sea la primera respuesta que obtenemos del Ministerio de Exteriores desde que, el 10 de abril, nos dirigimos a la ministra para pedir explicaciones». Desde otras instancias, mientras el presidente de RsF, R. Ménard, señalaba a *France Press*, que la versión era «falsa» y reclamaba una investigación independiente, portavoces de *Reuters* solicitaban que se hiciese público el informe en su totalidad. Por su parte, el PSOE, en una nota de prensa, calificaba el informe de «intolerable e inadmisibile» y censuraba la «absoluta frialdad, rayana en el desprecio, con que Exteriores trata a la familia». Su portavoz, J. Caldera, decía que, al aceptar esas conclusiones, el gobierno español estaba mostrando «subordinación» y «acatamiento» hacia los EE UU.

Tras ser preguntada en una conferencia de prensa, al día siguiente, la ministra de Asuntos Exteriores española, A. Palacio, sobre si el gobierno español iba a adoptar algún tipo de medida, respondió que respaldaba la versión del informe del Pentágono: «Es un dato objetivo que está sobre la mesa y responde un compromiso de Estados Unidos...El secretario de Estado C. Powell se comprometió a poner en conocimiento del Gobierno español cualquier resultado de una investigación complementaria. Eso es lo que ha hecho y se le ha dado el curso que correspondía». Por su parte, el Ministerio de Asuntos Exteriores de Ucrania anunciaba que iba a solicitar a las autoridades de EE UU que continuasen la investigación «porque *debería ofrecer resultados más concretos*».

En un editorial del diario *El País* (15-VIII), titulado *Ilegítima defensa*, se subrayaba que «De las diversas explicaciones imaginables, las autoridades norteamericanas han elegido, tras pensárselo durante cuatro meses, la más inverosímil; seguramente por ser la misma que dio el mando militar sobre el terreno», reafirmada días después, en carta a la ministra española de Exteriores, por el secretario de Estado C. Powell. Para el diario, esta versión ya había sido desautorizada por los numerosos periodistas del Palestina, pero, aunque hubiera habido un francotirador, «eso no justifica que la respuesta sea disparar un misil contra las ventanas que albergaba a unos 200 periodistas de todo el mundo, como era de conocimiento público». Aunque plantea que los investigadores podían haber dicho que el tanquista creyó que le disparaban, que había confundido las cámaras de vídeo con ametralladoras, opina que «eso habría supuesto haber admitido un error, y el mando nunca se equivoca: sobre

todo en período de guerra». Recuerda que «las reglas de la guerra son diferentes a las de la paz, pero existen» y cita como ejemplo que, según el artículo 79 GPI, los periodistas que realicen su trabajo profesional en zonas de conflicto armado «se considerarán personas civiles» y gozarán de la protección adecuada a tal condición. Si bien es cierto que EE UU no ha suscrito ese Protocolo, como tampoco el fundacional del Tribunal Penal Internacional, resalta que España sí lo ha hecho, y finaliza preguntándose si, aparte de remitir a los familiares de Couso el texto enviado por el Pentágono, «¿no tiene nada que hacer o decir el Ministerio español de Asuntos Exteriores? ¿Avala su silencio la teoría de la legítima defensa como causa de la desgracia que segó la vida de ese periodista?».

En una entrevista en el mismo diario dos días más tarde, A. Palacio, al ser preguntada sobre su opinión del informe de EE UU, recordaba una vez más que, tras la muerte de Couso, se dirigió al departamento de Estado y que recibió un escrito de Powell en el que le enviaba un primer análisis, unas conclusiones que ahora confirmaba el nuevo comunicado en el que se resume su investigación interna, añadiendo: «Yo diría que no es un documento dirigido al Gobierno español, sino un comunicado público» que habían hecho llegar a la familia de Couso «tan pronto como lo recibimos. Y lo traducimos, con las demoras propias de este mes en que estamos». Dado que todos los periodistas presentes en Bagdad creían que se trató de una decisión terriblemente equivocada, ante la pregunta sobre la posibilidad de que el gobierno de EE UU aceptase ese planteamiento y pidiese disculpas, responde que el gobierno español había hecho en todo momento lo que entendía ser correcto y que, a partir de ahí, «hay iniciativas que no están en la esfera del Gobierno».

Preguntada sobre si le parecen correctas las explicaciones recibidas y, si así no fuese, si podría pedir una nueva investigación, dice que en la primera valoración de Powell se anunciaba que habría «información complementaria» y esa era la que se había hecho pública, por lo que, a partir de ese momento, «veremos qué otra información existe», respuesta que lleva al periodista a plantear si el gobierno español no da por cerrado el caso, a lo que responde que «No es un tema ni abierto ni cerrado... que se puede suscitar en distintas sedes», entre otras la judicial, algo que, según tiene entendido, la familia de Couso «está utilizando». Al insistir sobre si su gobierno considera el caso cerrado, contesta que tiene un documento firmado por Powell en el que se dice que «nos enviarán la información que vayan obteniendo», que en la misma no se dice que se cierre nada —«Por lo menos yo no le he entendido así de la lectura del comunicado»—, y que, en la primera conversación que tuviese, preguntaría «en qué situación se encuentra todo, de acuerdo con la mecánica militar norteamericana».

En noviembre de 2004, el CPJ anuncia que, tras una reclamación oficial presentada 19 meses antes al amparo de la Ley de Libertad de Información, tenía en su poder el informe completo del Pentágono, relativo a la muerte de los periodistas Couso y Protsiuk, según el cual reitera que el jefe de la unidad de carros les confundió con

francotiradores en un momento en que se estaban produciendo combates en la ciudad, asegurando que las fuerzas de EE UU actuaron de «manera apropiada» al disparar contra dicho edificio, por lo que considera que no hubo «fallo ni negligencia» ni tuvieron «culpa» alguna del incidente. Por el contrario, para el CPJ, tras una lectura detallada del informe y en base a las entrevistas realizadas a una docena de reporteros que se encontraban presentes en el lugar de los hechos, se refuerzan sus propias conclusiones en el sentido de que el ataque pudo ser «evitado», ya que ninguno de esos periodistas declaró que se hubiera producido «fuego hostil que proviniera del hotel».

La organización insiste en que los mandos estadounidenses sabían que el hotel estaba lleno de periodistas, pero «aparentemente no comunicaron esa información a las tropas desplegadas sobre el terreno». Mientras un soldado sin identificar, cuyo testimonio se incluye en el informe, afirma que «en ningún momento se habló de zonas en las que no se pudiera disparar o lugares protegidos en la ribera este del río Tigris», donde se encontraba el hotel, el teniente general a cargo de la investigación, cuyo nombre se eliminó del informe, declara: «Acompañé en el sentimiento a las familias de quienes murieron (...). Sin embargo, la responsabilidad del incidente recae en un enemigo que eligió combatir en una ciudad, exponiendo de manera innecesaria a la población civil, incluidos periodistas, a los riesgos de la guerra». La CPJ aprovecha también la ocasión para reclamar información sobre la muerte el mismo día del periodista T. Ayoub, de la cadena *Al Yazira*, en su oficina en Bagdad, pero el Pentágono aún no había tenido a bien dar contestación a dicha demanda.

## **IX.. LA RESPUESTA JUDICIAL**

En el ámbito judicial, el 17-VI-2003, el fiscal de la Audiencia Nacional informaba al juez que instruía la querrela presentada por los familiares de Couso contra tres militares norteamericanos —el sargento Gibson, autor del disparo que causó la muerte, el capitán Wolford, jefe de la compañía, y el teniente coronel De Camp, jefe del regimiento— que la misma debería ser archivada por tratarse de hechos sobre los que la justicia española no tenía jurisdicción, ya que no fueron cometidos en territorio español, ni por ciudadanos españoles, precisando que el ordenamiento interno no prevé el presupuesto de personalidad pasiva, si bien consideraba que el legislador debería incluirlo, porque los españoles viajan al extranjero cada vez más para ejercer todo tipo de actividades, lo que les convierte en posibles víctimas y se hace necesaria su protección.

Cuatro meses después, el juez admitía a trámite la querrela contra los tres militares de EE UU, acusados de un crimen de guerra, la que se acompañaba de los testimonios de compañeros nacionales e internacionales que residían en el hotel y de vídeos que recogían las declaraciones de Gibson, donde señalaba: «No disparé inmediatamente sobre él. Llamé a mis jefes y les dije lo que había visto. Diez minutos después me llamaron y me dijeron que disparara sobre él, y eso hice». Como argumento legal se

invoca el Estatuto de Roma y la Convención de Ginebra, donde se establece que «los periodistas que realicen misiones peligrosas en la zona de conflicto armado serán consideradas personas civiles». Por parte de la familia, un tío del fallecido señalaba que lo que pretendían era hacer justicia, «para vergüenza del Gobierno español, que ha hecho dejación de la defensa de un ciudadano español por subordinación a Bush», lo que no impedía dudar de que los culpables pudiesen llegar a ser condenados, ya que «sabemos que Estados Unidos no se somete a los tribunales internacionales».

Días más tarde, tres corresponsales de guerra españoles —J. Sistiaga (*Tele 5*), O. Rodríguez (*Cadena Ser*) y C. Hernández (*Antena 3*)—, que se alojaban también en el mismo hotel que Couso, declaraban como testigos ante el juez del caso durante dos horas y coincidían a la hora de señalar que el ataque fue «premeditado y con intención de matar». Rodríguez recuerda que «los tanques que estaban apostados en los puentes sobre el río Tigris llevaban seis horas viéndonos y sabían que los que estábamos allí éramos periodistas, porque había 40 cámaras y nos veían tomar café», añadiendo que, a diferencia de la versión de los norteamericanos, en el momento que se produjo el ataque no se estaba librando ninguna batalla ni había ningún francotirador en el hotel. A su juicio, lo que hubo fue «un fallo en la cadena de mando del Ejército americano». Por su parte, Hernández afirmaba que el que disparó «sabía que iba a causar muertes entre los periodistas, porque allí no había nadie que no fuera periodista», mostrándose convencido de que «dispararon de forma premeditada» y lo que había que saber es por qué lo hicieron.

Por último, Sistiaga, compañero de Couso y el primero que lo socorrió, recuerda que todos los combatientes, iraquíes y aliados, sabían que en el hotel sólo habitaban periodistas y que los americanos llevaban mucho tiempo viéndolos, pues todos los periodistas llevaban cámaras y chalecos antibalas con las palabras «Press» o «TV» bien visibles, razón por la que el tanquista tenía que saber que disparaba contra un periodista. Aparte de lo declarado ante el juez, subrayaba el hecho de que, por vez primera, se sentía amparado por la justicia y criticaba al fiscal del caso por no haber asistido a la declaración, lo que «demuestra que no tiene interés en investigar la muerte de un ciudadano español». Mientras, por un lado, el juez del caso aceptaba el ejercicio de la acción popular a instancia de C. Yriart, la recién elegida Junta directiva de la Asociación de la Prensa de Madrid autorizaba a su presidente a personarse, en nombre de la institución, en las diligencias abiertas por la querrela de la familia.

El diario *El País* reproducía, el 16-II-2004, un extracto de la explicación sobre lo sucedido con ocasión de la muerte de Couso, enviada por el mando central del ejército norteamericano al Juzgado de Instrucción de la Audiencia Nacional, en la que se recordaba que, el día 8 de abril —jornada de lucha intensa para la compañía mecanizada A,4-64, que había mantenido ya un duro enfrentamiento durante varias horas con el enemigo—, «las fuerzas de la coalición avanzaban hacia Bagdad encontrando una seria resistencia por parte del enemigo, el cual operaba utilizando todas las áreas

civiles de la ciudad, sirviéndose de un amplio abanico de armas sobre las fuerzas de la coalición, utilizando para ello los tejados y las ventanas de los edificios próximos [y luchaba sin ningún tipo de miramiento contra los civiles o las estructuras civiles].

Las fuerzas de la coalición continuaron progresando hacia el río Tigris, justo enfrente del Hotel Palestina, «área de intenso enfrentamiento con el enemigo», por lo que el comandante fue entonces informado de que «la compañía A estaba siendo vigilada por un observador enemigo localizado enfrente del río Tigris». A pesar de «encontrarse bajo fuego pesado de granadas y misiles», el comandante ordenó «escanear los edificios vecinos al objeto de localizar al observador enemigo», momento en que uno de los miembros de la compañía advirtió la «presencia de una persona con binoculares en el balcón de una habitación de las plantas superiores de un gran edificio de color marrón y también de flashes de luz, similares al fuego enemigo, procedentes del entorno del edificio». Como medida de precaución, se «disparó una bala de tanque de 120 mm. a la posición enemiga del observador sospechoso», y, a renglón seguido, «el fuego hacia la compañía A cesó».

Los informes de inteligencia indicaban que Bagdad era un área de intensos combates, de ahí las advertencias a los periodistas sobre el extremo peligro que corrían al permanecer en el hotel —«el enemigo había utilizado parte del mismo como base de operaciones y las actividades en el citado balcón correspondían con las de un observador enemigo»—, a pesar de lo cual algunos decidieron no abandonarlo. Relata que, «algo después de dicho incidente», la compañía A tuvo conocimiento de que el edificio sobre el que se abrió fuego era el Hotel Palestina y de que algunos periodistas habían fallecido o habían sido heridos. A su juicio, lo que se hizo fue «disparar una sola vez en acto de autodefensa, guiándose estrictamente por las Reglas de Combate», motivo por el que quieren reiterar que la muerte de Couso «fue una tragedia» y que EE UU traslada su más profundo pésame a la familia.

El abogado de la familia Couso presenta, el 2 de abril de ese año, una reclamación por daños y perjuicios contra el Ministerio de Asuntos Exteriores, por valor de 405.862 €, en base a la protección que el IV Convenio de Ginebra otorga expresamente a las personas civiles, incluidos los «periodistas que realicen misiones profesionales peligrosas en zona de conflicto armado». Al ser un Convenio ratificado por España, se exigía responsabilidad patrimonial a la Administración del Estado por funcionamiento anormal de servicios públicos, ya que Couso no había recibido la adecuada protección diplomática que compete a Exteriores, quien tiene la obligación de proteger a los españoles en el exterior.

## **X. AL AÑO DE LAS MUERTES**

Al cumplirse el primer aniversario de las muertes de los dos periodistas españoles, se llevan a cabo diversos actos de homenaje y recuerdo. En Bilbao, IU-EB convoca un

acto bajo el lema «Malditas sean las guerras y los canallas que las apoyan. No a la guerra», primeras palabras que pronunció el padre de J.A. Parrado al conocer la noticia del fallecimiento de su hijo y, en Córdoba, un grupo de amigos y compañeros de éste organizaron un acto de homenaje en la calle que recientemente había recibido su nombre, donde se colocaron velas y flores y se guardaron dos minutos de silencio. Con posterioridad, se trasladaron a la nueva plaza de J. Couso para rendirle también homenaje.

En Madrid, delante de la embajada de EE UU, los familiares y 12 compañeros de Couso, cada uno con un panel informativo que recordaban los 12 meses pasados desde su muerte, llevaron a cabo una vigilia para denunciar «la situación de impunidad que ha rodeado a los que mataron» al cámara de *Tele 5*. La esposa de Couso señaló que la familia se había visto privada «de lo único que podría proporcionar un poco de consuelo moral, una investigación y el conocimiento de la verdad». Un tío del cámara, comandante de Artillería, elaboró una carta abierta a los responsables militares de la operación en la que había muerto su sobrino, en la que explicaba cómo estudió «con sumo detenimiento» los planos grabados por Couso y los manuales de combate en zonas urbanas del ejército de EE UU, concluyendo que «se organizó un rápido plan» para neutralizar la información que no controlaban, pues «el mando militar estadounidense no quería testigos molestos en aquellos momentos». Además, en todos los **mcs** se llevaron a cabo paros de cinco minutos y concentraciones en ciudades como Valencia, Oviedo, Ferrol, ciudad natal de Couso, donde el Ayuntamiento entregó una placa de reconocimiento por su trabajo a una tía del cámara, y Lyon (Francia).

La Federación de Sindicatos de Periodistas apoyó los homenajes y pidió «fórmulas concretas para garantizar a los enviados especiales el máximo respaldo posible, tanto laboral y profesional como en materia de seguridad». Mientras dos organizaciones internacionales de periodistas exigían a EE UU que aclarase la muerte violenta de, al menos, siete colegas durante la guerra de Irak, entre ellas la de Couso, la Federación Internacional de Periodistas (FIJ) entregaba a un representante de la embajada norteamericana en Bruselas una carta en la que pedía se aclarasen esas muertes, denunciaba «las investigaciones secretas e internas» realizadas por las autoridades de EE UU y criticaba «la consiguiente impunidad» de los soldados responsables. Para el secretario de la FIJ, A. White, «No podemos aceptar que haya personas que mueran en circunstancias no aclaradas y que [las autoridades estadounidenses] se nieguen a contestar preguntas sobre ellas». En la misma línea, RsF promovió una iniciativa encaminada a que los familiares de periodistas fallecidos o desaparecidos en Irak, víctimas de las FAS de EE UU, enviasen, desde París, una carta a los miembros del Congreso norteamericano para pedir la reapertura de las investigaciones sobre dichos sucesos.

Entre tanto, Javier, hermano de Couso, en compañía de amigos y compañeros de éste, se trasladaron a Bagdad para llevar a cabo una ofrenda de flores al pie del hotel Palestina, donde colocaron una pancarta que decía «Los periodistas son los ojos de la sociedad en la guerra y no se les puede matar tan impunemente», y leer un comu-



nicado donde se recordaba lo sucedido allí hacía un año y se criticaba la pasividad de los gobiernos de EE UU y España a la hora de investigar los hechos, así como entregar una placa de agradecimiento a los médicos del hospital que intentaron salvarle la vida. Asimismo, la comitiva se acercó a la sede de la cadena de TV *Al Yazira*, para recordar la muerte de su periodista T. Ayub el mismo día, y a la prisión de Abú Ghraib, frente a la cual había muerto, en agosto de 2003, el periodista M. Dana.

Con motivo del aniversario, IU anunciaba que pediría en el Congreso de los Diputados al futuro presidente del gobierno, J.L. Rodríguez Zapatero, exigiese a EE UU una investigación sobre la muerte de Couso y que se compensase económicamente a su familia «por muerte en atentado terrorista», ya que «sus asesinos, que se conocen, siguen en la calle». Para IU, el nuevo gobierno debería intentar que el norteamericano y los organismos internacionales realizasen una investigación «veraz y con garantías de independencia» para depurar «por completo la responsabilidad penal e indemnizatoria» que se derive de lo sucedido con las muertes de Anguita y Couso, petición que ya había realizado el pasado año en el Parlamento.

A fin de cumplir lo anunciado, el 26 de ese mismo mes, el grupo parlamentario IU-ICV presentaba una proposición no de ley en la que emplazaba al presidente del gobierno a exigir a las autoridades competentes que, «en el plazo más breve posible», se llevase a cabo una investigación «exhaustiva y fehaciente» de la muerte de Couso y se aclarasen las circunstancias de lo sucedido, para determinar quiénes eran los responsables y que pudiesen ser debidamente enjuiciados. Asimismo, le reclamaba las medidas necesarias para hacer efectivo el cobro de las indemnizaciones y prestaciones sociales a percibir por la familia del cámara, entendiéndolo incluso como responsables civiles subsidiarios al Estado español y al de EE UU (el nuevo gobierno socialista aceptó, a finales de 2004, conceder indemnizaciones a las familias de los dos periodistas). En el mismo sentido, le instaba a remitir al Congreso antes de seis meses información sobre las actuaciones realizadas, subrayando que la muerte de Couso «puso en cuestión la proporcionalidad de las actuaciones de la coalición angloamericana, y sigue demandando, además de condena, el esclarecimiento y la respuesta solidaria de los Gobiernos que la han provocado».

Para esa coalición política, lo ocurrido en el hotel Palestina, «sede oficial de la mayor parte de periodistas enviados a Bagdad y por lo tanto objetivo civil, no fue un error y ha supuesto una serie de explicaciones poco convincentes». Recordaba que el mando militar norteamericano dijo primero que no sabía nada de lo ocurrido, luego que había sido un fuego cruzado, y después que los soldados tenían derecho a defenderse porque había francotiradores en el hotel, lo que fue desmentido por los periodistas. Finalmente, desde Qatar, el mando aliado de la coalición anglo-norteamericana afirmó que el Pentágono había declarado hacía tres días el hotel como objetivo militar, algo de lo que en ningún momento fueron informados los corresponsales allí alojados. El texto de la proposición concluye: «Hoy, todavía sigue siendo claro que el objetivo real

de esa acción del tanque americano era deshacerse de los testigos en esa última fase de la guerra», por lo que el nuevo gobierno español debería, «por dignidad de nuestro Estado, lograr depurar las responsabilidades correspondientes».

## XI. DEMASIADOS INTERROGANTES

A la vista de lo aquí expuesto, la primera conclusión que se puede obtener es que, al no existir coincidencia entre las distintas versiones de lo sucedido, surgen numerosos interrogantes respecto a las responsabilidades de los intervinientes en el suceso. La primera cuestión, y quizás la más relevante, sería conocer si los responsables militares sabían que el hotel estaba ocupado por periodistas, algo evidente para cualquier telespectador de las muchas cadenas de TV que contaban con enviados en Bagdad, pues ello llevaría a plantear por qué no se informó de dicha situación a las tropas que entraron en la capital. De haber tenido conocimiento de la situación, el jefe del carro debería haber distinguido con facilidad el hotel, al tratarse de un edificio muy singular de la ciudad.

En ese sentido, los allí presentes recuerdan cómo las autoridades militares norteamericanas habían aconsejado, días antes a los periodistas no *empotrados*, que abandonasen la ciudad antes de la entrada de sus tropas, al ser considerada la capital zona de alto riesgo y el jefe de la brigada a la que pertenecían los atacantes del hotel, coronel Perkins, sabía que estaba lleno de periodistas, lo que obliga a pensar que hubiese transmitido esa información a los mandos subordinados. En una línea algo diferente, C. Powell, había reconocido públicamente que conocía quien ocupaba el Palestina, razón por la que no había sido objeto de los ataques aéreos previos.

Por el contrario, los partidarios de la versión que acusaba a las FAS estadounidenses de haber realizado el ataque de manera consciente recuerdan que no fue casual que, esa misma mañana, hubiesen sido atacadas también las sedes de las cadenas *Abu Dhabi TV* y *Al Yazira*, con el resultado de un periodista muerto y su cámara herido en la segunda de ellas, acciones consideradas por muchos sectores como un crimen de guerra todavía más claro que el ataque al Palestina, si se tiene en cuenta que la localización exacta de las emisoras había sido transmitida con antelación a los responsables militares de EE UU.

Lo más preocupante era la existencia de versiones contradictorias de lo sucedido en los medios oficiales norteamericanos, pues mientras el informe oficial del Pentágono exoneraba de responsabilidad a los actores directos de la acción, al haber tenido que responder a la acción de francotiradores enemigos, algo que no pudo ser demostrado, el Cetcom, en Doha, recordaba que el hotel había sido declarado «objetivo militar» 48 horas antes, situación ratificada, a su juicio, por la permanencia de *fedayines* en el hotel que hostigaban a sus tropas, circunstancia que, por cierto, se había transmitido al ministro Trillo pero no que el tanque hubiese sido atacado.

De hacer caso a la grabación de *France 3*, parecen estar acreditadas ese tipo de acciones contra la compañía de carros desde edificios próximos al hotel, si bien no existía constancia de que ninguno de los disparos tuviese como origen dicho establecimiento. Otro aspecto a considerar sería, tal y como se afirmaba desde Doha, el de la existencia o no de un vigía enemigo en los pisos altos del Palestina, verdadera obsesión de las unidades blindadas. Finalmente, era cierto también que la gran cantidad de bajas producidas por *fuego amigo* podría avalar el presunto error humano, sobre todo en un entorno de guerra urbana y máxima tensión, tesis que, sin embargo, no deja de plantear demasiados interrogantes, en especial si se reconstruye lo sucedido en base a las declaraciones de los principales actores.

La primera pregunta sería determinar si, como es cierto, se produjo un intervalo de diez minutos desde que el tanquista descubrió a una persona en el balcón del hotel hasta que se produjo el disparo, y se dieron instrucciones al jefe de la unidad para que antes fuese comprobado el blanco a batir, porque, de ser así, se podría haber descubierto el resto de balcones llenos de periodistas y cámaras. De mayor a menor nivel de responsabilidad jerárquica, el coronel Perkins reconoció que había la orden de no disparar «bajo ninguna circunstancia» al hotel, razón, seguramente, de que el teniente coronel De Camp, molesto y enfadado por lo sucedido, reaccionase con rabia cuando el capitán Wolford le da cuenta del ataque, diciéndole «se supone que no tenías que haber disparado» y, días después, llegaría a declarar a un periódico que «soy el tipo que mató a los periodistas». Éste, que se contradice en las diferentes declaraciones que realiza tras el ataque, tras reconocer que se sentía mal por lo sucedido, asegura que no había recibido información previa alguna sobre el Palestina, ni que dicho edificio estuviese señalado en los mapas disponibles por su unidad, razón por la que dio inmediatamente la orden de fuego, pero que no había tenido conocimiento de que el disparo hubiese impactado el hotel hasta veinte minutos después de efectuado. Por su parte, el sargento Gibson, autor del disparo, discrepa de sus mandos, al declarar que no tenía conocimiento de que el edificio estuviese ocupado por periodistas y que, una vez localizado al presunto vigía en el balcón con prismáticos, llamó a sus jefes para comunicarle la noticia y, diez minutos después, recibió la orden de disparar.

A todos esos interrogantes trató de responder la investigación realizada por el CPJ, cuya conclusión más importante es que el informe oficial norteamericano no respondía a ninguna de las preguntas planteadas por el suyo. Así, mientras que la afirmación de que las tropas estadounidenses respondieron a fuego enemigo proveniente del Palestina no se sustentaba en ninguna prueba y contradecía los testimonios de los cientos de periodistas presentes en el hotel, difícil era creer que el carro de combate, grabado por *France 3*, apuntase al hotel durante diez minutos sin percatarse de la presencia de periodistas en los balcones, en mayor medida cuando durante la grabación, además, no se escucha ningún impacto, o el por qué de no informar a las

tropas de un objetivo claramente civil, dato que los mandos ya conocían, si se tiene en cuenta la reacción indignada que tuvieron tras el disparo.

En base a su informe, considera que el ataque contra los periodistas «no fue premeditado ni deliberado, pero sí que se pudo evitar», ya que, según varias fotos tomadas por el CPJ desde el punto de tiro en que estaba situado el tanque estadounidense en el puente, las siluetas de los hoteles Palestina y Sheraton dominan la vista de la orilla este del río Tigris y se pueden distinguir claramente en una perspectiva de la ciudad, ya que sobresalen por encima de todos los demás edificios de la zona. Por todo ello, el CPJ renovaba una vez más su solicitud de que el Pentágono ordenase una «investigación completa y pública» del referido ataque, toda vez que consideraba necesario que las responsabilidades se aclarasen en público, no solamente para establecer las causas del incidente, sino también para garantizar que algo parecido no volviese a ocurrir en el futuro. Al mismo tiempo, recordaba que la solicitud formulada al Pentágono para entrevistar a Wolford seguía sin respuesta, al igual que las demandas de información basadas en las normas que protegen el derecho a la información.

Durante una rueda de prensa en Washington, a la pregunta de Rosa Lerchundi (*Tele 5*) sobre el ataque al hotel Palestina, el presidente Bush se limitó a contestar que «la guerra es un sitio peligroso», mientras a su lado el presidente Aznar asentía. Los responsables de *Al Yazira* todavía están esperando disculpas por la voladura de su delegación en Kabul y por la destrucción de su sede en Bagdad. Y es que siempre habrá algún fuego cruzado al que acogerse, algún *fedayin* que disparaba desde al misma vertical del hotel, y, como en guerra es fácil, habrá un motivo razonable que evite cualquier consecuencia por la muerte de periodistas.

## XII. MECANISMO DE PROTECCIÓN AL AMPARO DEL DIH

Como ya se ha señalado, al suceso aquí analizado no le es de aplicación el artículo 79 del GPI, al tratarse de una norma no ratificada ni por EE UU ni por Irak, por lo que no queda más remedio que acudir, como único mecanismo de protección, al IV Convenio (GIV) de 1949, que regula la protección de la población civil en caso de conflicto armado, toda vez que el art.4.1.4 GIII sólo es de aplicación a los correspondientes que acompañan a las FAS sin formar parte de ellas, con autorización del jefe militar y una tarjeta que acredite esa condición. En ese sentido, los periodistas del hotel Palestina tenían la consideración plena de *persona civil*, por lo que, de acuerdo con lo establecido en dicho Convenio, gozarían de protección siempre que se abstuviesen de todo acto que afectase a esa consideración.

De las distintas versiones facilitadas por las autoridades norteamericanas se pueden plantear dos posibles razones para justificar el ataque al hotel. En la primera de ellas, se trataría de neutralizar a un presunto vigía que, portando unos binoculares, se

encargaría de facilitar la localización de las tropas enemigas, algo difícil de explicar si se tiene en cuenta que no era una sola persona la que se encontraba en los balcones del hotel, sino la gran mayoría de los allí alojados, y que la confusión de uno de los objetivos de cámara de TV con binoculares de combate tendría que hacerse extensiva a cualquiera de las 40 cámaras situadas de manera permanente en balcones y terraza del edificio. Lo que sí parece demostrado es que, de dicho establecimiento, no salió ningún tipo de disparo por arma de fuego contra las tropas estadounidenses por parte de supuestos francotiradores.

Mayores dudas puede plantear la decisión de haber declarado al hotel Palestina «objetivo militar», en base a la presencia en dicho establecimiento de tropas iraquíes y altos responsables del régimen, medida sobre la que, por cierto, no existe unanimidad entre las autoridades de EE.UU. Quizás de manera inconsciente, el mismo Sistiaga recuerda que, la mañana del día 7, los periodistas allí alojados vieron llegar al jardín del hotel al ministro de Información con sus guardaespaldas y luego subirse a la azotea, lugar desde donde se realizaban los directos de TV, para dar una rueda de prensa improvisada y desmentir lo evidente respecto al desarrollo de las operaciones. De la misma manera, señala que muchos mercenarios se dejaban caer de vez en cuando por la recepción del hotel y que los últimos en llegar habían sido unos yemeníes, que se manifestaron en los alrededores del hotel para que les viera la prensa.

Según su relato, los funcionarios del Ministerio de Información que permanecieron en el hotel hasta el día 9 impedían trabajar libremente, al censurar todas las informaciones emitidas, pero, al mismo tiempo, servían de protección ante *fedayines* demasiado coléricos. Unos 30 *muyahidines* árabes, mercenarios musulmanes que habían acudido a la llamada de la *Yihad* (guerra santa), se congregaron en la puerta del Palestina, por lo que Sistiaga le dice al oficial jefe norteamericano que el hotel estaba desprotegido y que podía haber venganzas contra los periodistas, ya que varios *fedayines* estaban merodeando por la zona, por lo que sería buena idea que mandaran allí un par de blindados para dar seguridad, a lo que éste le contestó que sabían que la prensa estaba allí, donde iban a montar su puesto avanzado de mando. A su juicio, la nueva situación generaba inquietud, pues aunque a primera vista parecía mucho más seguro, rodeado de soldados y tanques estadounidenses, al mismo tiempo se convertía en un potencial objetivo militar de los iraquíes que pudiesen ofrecer resistencia.

En todo caso, y sea como fuere, en ninguna de las dos situaciones descritas permite el DIH una reacción como la adoptada por el carro norteamericano, pues, en contra de lo asegurado en el informe oficial —que se había actuado de acuerdo con las «reglas de combate»—, no se adoptaron las precauciones mínimas para preservar a la población civil de los efectos de las operaciones militares y evitar, así, la posibilidad de producir incidentalmente víctimas entre dicha población. Las normas de DIH exigen, también, que se haga todo lo posible para verificar que los objetivos que se proyecta atacar no tienen la consideración de civiles, sino que se trata de objetivos

militares y que la presencia en el hotel de personas cuya condición no responda a la definición de *persona civil*, no le priva al resto de ocupantes de esa condición.

Asimismo, el DIH prohíbe los ataques indiscriminados, considerando como tales aquellos en los que sea de prever que causarán incidentalmente muertos y heridos entre la población civil o que serían excesivos en relación con la ventaja militar concreta y directa prevista, reiterando que ninguna violación de estas prohibiciones dispensará a las Partes en conflicto de sus obligaciones jurídicas con respecto a la población civil y las personas civiles, incluida la obligación de adoptar todas las medidas de precaución previstas en dicha normativa. En cualquier caso, habrá de darse aviso con la debida antelación y por medios eficaces de cualquier ataque que pueda afectar a la población civil, salvo que las circunstancias lo impidan.

Es a la hora de confrontar regulación jurídica con comportamiento operativo donde surgen dudas más que fundadas que permiten cuestionar, al menos, dicha actuación, pues, como reconocen los propios protagonistas del hecho, los tanques llevaban situados en el puente más de seis horas, tiempo más que suficiente para haber adoptado medidas de precaución. De igual manera, el sargento Gibson tardó 10 minutos en efectuar el disparo (¿de precaución?) desde que comunicó la posible existencia de francotiradores en el hotel, lo que permite deducir que el presunto ataque iraquí no exigía una respuesta inmediata. Sin entrar en mayores profundidades jurídicas, parece más que evidente el incumplimiento por parte de las tropas norteamericanas de los dos grandes principios que sustentan el moderno DIH: el de distinción y el de proporcionalidad.

De todo lo expuesto en las páginas anteriores, si bien es cierto que no se pueden concluir haciendo acusaciones concretas contra nadie, sí parece imprescindible llevar a cabo una investigación imparcial e independiente que sea capaz de responder a todos los interrogantes aquí planteados. Es evidente que la acción contra el hotel Palestina tiene visos suficientes de que pueda constituir una infracción al DIH, que, de ser grave, se convertiría en *crimen de guerra*, entre otras circunstancias por haberse producido el ataque con una clara falta de proporcionalidad en la reacción, ya que, para neutralizar el ataque con armas ligeras a más de 1.000 metros, se utilizó un obús de carro. En cualquier caso, uno de los problemas que plantea este suceso es que, cada vez más, se están difuminando los límites de lo que ha de considerarse «objetivo militar», incumpliendo el principio de distinción, lo que hace muy difícil la protección de la población civil. En este caso concreto, y dado lo sucedido también con las cadenas árabes de TV, la sospecha final podría ser, incluso, que determinados corresponsales de guerra se hubiesen convertido en verdaderos objetivos militares.